

Cuentos rodados



2012 || KONTAKETA TAILERRA
2013 || Taller de relatos

CUENTOS RODADOS

En esta recopilación reunimos algunos de los cuentos escritos a lo largo del curso del taller de relato breve. Es una pequeña muestra de las historias elaboradas a lo largo del curso que, como los cantos rodados de una playa, se han pulido en una marea de voces, olas de comentarios, críticas, lecturas, risas, y en el paciente y laborioso desgaste de los defectos y el brillo de los hallazgos. Desde la idea original a las piezas redondas, pulidas y suaves que ahora presentamos en esta recopilación de “cuentos rodados”.

Es un placer formar parte de este proceso en el que hemos intentado redondear, limar aristas, zonas angulosas o ásperas de nuestros cuentos. Os invitamos a leerlos en la certeza de que es *Pecado matar a un ruiseñor* porque creemos que *Siempre caminaremos juntos*, a pesar del secreto de *Aguamarga*, descubriendo que, al fin y al cabo, son *Cosas de familia* y que, si es preciso, podremos recurrir a la certera *Sweet Jane*, dulce y afilada y que, afortunadamente, son solo *Unos días al año...*

Esta playa de cantos rodados está llena de historias esperando ser leídas. Os invitamos a recorrerla.

Gracias a todos los que habéis hecho posible estos relatos.

Mónica Crespo Doval
PROFESORA DEL TALLER DE RELATO BREVE
KULTUR LEIOA
Curso 2012-13

ÍNDICE

Es pecado matar a un ruiseñor	<i>Mabel Andreu</i>	06
Cosas de familia	<i>Adelaida Otxoa</i>	11
“Sweet Jane”	<i>José Ignacio Tamayo</i>	12
Donde nuestros pasos nos lleven	<i>Mabel Cantera</i>	15
Aguamarga	<i>Miguel Parra</i>	17
De un joven arrepentido	<i>Jesús María Olano</i>	19
La Santina	<i>José Manuel Rodríguez</i>	24
Me aprietas la mano	<i>Amaya Fernández</i>	26
Los veranos de mi infancia	<i>Erica Liquete</i>	28
Suripanta	<i>Jordi Estanyol</i>	31
Nunc et semper	<i>Aurelio Gutiérrez</i>	34
Solamente dos palabras	<i>Estela Puente</i>	36
Nunca caminarás solo	<i>Juan Iturbe</i>	38
Unos días al año	<i>Marian Izquierdo</i>	42
La mirada complaciente	<i>Pilar Herrero</i>	44
El amor no muere	<i>Ana Torrecilla</i>	45
Márgenes	<i>Carmen Camiruaga</i>	47
Ilusión o fantasía	<i>Jesús Mari de Castro</i>	52
Marea negra	<i>Aitziber Velasco</i>	54
El retrato	<i>Ignacio A. Gastañaga</i>	56
Suripanta, la de Tolimán	<i>Iratxe Fernández</i>	59

Es pecado matar a un ruiseñor

Muchas veces me he preguntado en qué momento se inicia el engaño. A partir de qué hecho, probablemente banal, va creciendo esa imagen de una misma que te ha de acompañar siempre. Puede que en mi caso se remonte a la primera vez en que cogí el cubo y dije vale, ya subo yo. Recuerdo con espanto la subida al camarote de la casa de mi infancia. Una casa cuya antigüedad se medía por siglos, torcida y apolillada. Vivíamos en el último piso. Arriba, unos camarotes carcomidos en los que solía refugiarse en invierno un mendigo borracho. No siempre, pero sí en las noches más crudas del invierno. Solíamos oír sus pisadas sobre los tablones desiguales de aquel suelo en vísperas de ruina. Mi padre auguraba que algún día nos incendiaría la casa. Él era así, siempre presagiando desventuras pero tampoco se atrevía a sacar al pobre desgraciado a la intemperie.

Todos sabíamos que mi madre era miedosa –ella se encargaba de repetirlo una y otra vez– y que cuando hacía falta algo de leña para la cocina no se atrevía a subir. No sé por qué pero la leña se almacenaba en el descansillo anterior al acceso al camarote. Y tampoco recuerdo cuándo fue el primer día que dije, vale, ya subo yo. Supongo que me saldría mitad por rabia, ante el carácter pusilánime de mi madre, mitad por el deseo de que mi padre me valorara, uno más de mis intentos de cobrar visibilidad. Lo que una mujer no se atrevía a hacer lo tenía que hacer una cría. El caso es que subí temblando con el cubo y volví con apenas cuatro tacos de leña y el corazón en la boca y procurando que nadie lo notara. Quizá incluso alardeando de que vaya tontería, no entiendo por qué le das tanta importancia. Es verdad que ella estuvo manteniendo la puerta abierta y la luz encendida porque en la parte de arriba ni siquiera había electricidad. Creo que ahí empezó la leyenda de que yo no tenía miedo a nada. Sambenito con el que he tenido que cargar el resto de mi vida. Así, mientras mi madre cultivaba el estereotipo de la mujer frágil y delicada: “no soporto los hospitales, lo siento, pero es superior a mí; no es propio que las mujeres vayan a los funerales ni a los cementerios, sólo a las misas de salida”– iba creciendo en mí la necesidad de apartarme de un modelo que despreciaba.

Al día siguiente volví del colegio empapada. Llovía a cántaros y hacía frío. Uno más de los interminables días de mal tiempo de aquel invierno sin fin. La abuela me tenía preparado un termo lleno de chocolate caliente y rebanadas de pan con mantequilla. Era mi merienda preferida y, sin embargo, esa tarde no podía disfrutarla, o al menos, no sin que la imagen del mendigo aterido unos metros más arriba y, seguramente, con las tripas rugiendo de hambre, se interpusiera entre mi merienda y yo. Así que le subí el termo y media barra de pan con una capa enorme de rica mantequilla. Se lo dejé a la entrada del camarote convencida de que esa noche nos visitaría.

Se armó un poco de revuelo con la desaparición del termo y con su misteriosa reaparición en su sitio, en la alacena. Como si en la casa hubiese brujas. Eso es lo que dijo mi abuela. Que los misterios no le gustaban y que a ver si iba a resultar que la casa estaba embrujada. Así que después de darle muchas vueltas encontré la solución: abrí mi hucha y compré un termo pequeño que guardé entre mis tesoros más ocultos. Acababa de inaugurar una relación secreta, y quién sabe si peligrosa, con un extraño. A partir de entonces ya nadie tenía que pedirme que cogiera el cubo de la leña.

Aquel invierno ocurrió la nevada más grande de los últimos treinta años. La ciudad perdió los colores y todo quedó acolchado por medio metro de blanca humedad. De aquel acontecimiento recuerdo al pájaro Lucas. Lo encontré aterido de frío en la ventana de mi habitación y lo metí dentro de inmediato. Daba pena el pobrecillo tan enfermo que no podía ni volar. Mis padres no se opusieron a tenerlo en la co-

cina, a ver si con el calor del hogar se recuperaba. En unas pocas horas empezó a hacer tímidos intentos de remontar el vuelo. Por fin, al anochecer lo consiguió. Se elevó entre titubeos y amagos de caída y, poco a poco, voló cada vez más alto hasta posarse en las cuerdas del tendedero de la ropa. Todos celebramos la hazaña cuando, de pronto, se desplomó en rápidas volteretas para ir a posarse en la chapa al rojo vivo. Aquella noche nadie cenó.

La radio presidía la cocina. Era un enorme aparato, del tamaño de una televisión de las de ahora, de marca *Invicta*. En realidad, lo único "invicto" en aquel ambiente de familia derrotada. Por la noche, después de la cena, papá comenzaba su ritual de sintonizar Radio Pirenaica. No era tarea fácil pero a veces lo conseguía. Entonces, entre pitidos y crujientes interferencias, aparecía la vibrante voz de Dolores, *la Pasionaria*, con mensajes de esperanza. No los puedo recordar pero sí tengo fresco en la memoria el ambiente de recogimiento con el que los escuchábamos y el temor de mi padre a que lo oyeran los vecinos de abajo.

La radio nos acompañó mucho en aquellos años. Proporcionaba momentos de llanto a la abuela con el serial *Ama Rosa*, de Guillermo Sautier Casaseca; cascadas de risa a mamá gracias a *Matilde*, *Perico* y *Periquín*, quienes nos acercaban las peripecias cotidianas de una familia media a la española y, para mí, lo mejor de todo, la emoción de las aventuras intergalácticas vividas con *Diego Valor, el piloto del espacio*. Este serial de la tarde me hacía correr del colegio a casa sin despistarme por el camino, no fuera a perderme el hilo de la historia.

Pocos días después de la gran nevada encontré el primer regalo. Venía envuelto en la hoja arrancada de un libro de la biblioteca pública. *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee. El fragmento decía así:

"En el extremo de la finca de los Radley crecían dos encinas; sus raíces se extendían hasta la orilla del camino accidentando el suelo. En uno de aquellos árboles había una cosa que me llamó la atención.

De una cavidad nudosa del tronco, a la altura de mis ojos precisamente, salía una hoja de papel de estaño que me hacía guiños a la luz del sol. Me puse de puntillas, miré otra vez rápidamente a mi alrededor, metí la mano en el agujero y saqué dos pastillas de goma de mascar sin su envoltura exterior. Mi primer impulso fue ponérmelas en la boca lo más pronto posible, pero recordándome dónde estaba, corrí a casa y en el porche examiné el botín. La goma parecía buena. Las husmeé y las encontré buen olor. Las lamí y esperé un rato. Al ver que no me moría, me las embutí en la boca".

El regalo era una rueda de chicle *Bazooka*, con sabor a fresa, el mejor de los que había en aquella época. Los globos que se lograban con este chicle eran imbatibles.

Este hallazgo me conmovió. Primero porque la naturaleza del obsequio no se correspondía con la imagen de un ser degradado por el alcohol y sumido en la desesperación. Y después porque me llenó de curiosidad por este libro que pronto conseguí leer. A los casi doce años, el mundo de Harper Lee abrió mi cabeza y mi sensibilidad hacia realidades ignoradas. El mal, encarnado en la segregación racial en el sur de los Estados Unidos y el bien, representado en la figura de Atticus Finch, un hombre recto y justo que además de defender a los negros era el padre que cualquier niña hubiese deseado tener. O por lo menos, yo.

A partir de ese día fantaseé sin parar acerca de la vida del mendigo. Casi deseaba que el frío arreciase para tener la oportunidad de seguir ofreciéndole ya sea una rica sopa de ajo, los restos calientes de un cocido o una purrusalda de las que hacía la abuela, siempre buenísimas. El caso es que los días de mucho frío era yo quien se mostraba muy amable y servía los platos al mediodía. Era la manera de asegurarme de que iba a quedar un resto para la cena. Y sabido era que en esa casa no se tiraba la comida. Por

su parte, él siguió sorprendiéndome con pequeños regalos que podían ser desde posavasos con publicidad hasta poemas reproducidos con una letra clara y elegante en cualquier servilleta de bar. Le gustaba un tal García Lorca y también Machado. Del segundo algo había leído en el colegio pero del otro, la verdad, no sabía nada de nada y, a partir de entonces, me fui aprendiendo, casi sin darme cuenta, los versos del *Romancero gitano* que me llegaban escritos en papeles siempre finos y cuidadosamente cortados.

Empeñada como estaba en mejorar un poco la vida de mi protegido, escarbé en el armario de mi padre y encontré un jersey gordo de lana que solía usar para ir al monte y una vieja bufanda de cuadros en tonos verdes que nunca le gustó.

Con este trajín y mis cavilaciones parece que me cambió el carácter. El comentario de mi madre era que esta niña está muy rara. No sé, es como si viviera en otro lado. ¿No te fijas? Si casi ni habla y para que cuente algo del colegio hay que sacárselo con sacacorchos. Y así una y otra vez, calentándoles la cabeza a papá y a la abuela quienes solían decir que exageraba. Mujer, es la edad, sigue trayendo buenas notas o sea que no será nada grave, replicaba mi padre. ¿Cómo eras tú en vísperas de hacer el cambio, o no te acuerdas?, le decía la abuela quien así conseguía que dejara el tema por unos días.

Cuanto más tiempo dedico a pensar en la infancia más recuerdos teñidos de tristeza me asaltan. Me parece un milagro tener un carácter tirando a alegre y una actitud más bien optimista. Además de la radio, otro tema que ocupaba las sobremesas de las cenas era el de la guerra. Había oído hablar tanto de la guerra que hasta soñaba con ella. Era el tema preferido de mi padre, quien se alistó voluntario con diecisiete años sin tener ni remota idea de lo que significaba defender la república con las armas. Le gustaba describir con todo lujo de detalles sus penalidades en el frente de Barambio o la amargura de la retirada por Santoña. Había un pasaje en el que solía demorarse: el del convento de Ontón. Allí se quedaron a pasar la noche y cuando fueron a coger agua del pozo pescaron un fraile ahogado. No voy a entrar en detalles acerca de la hinchazón o color del difunto. A él sí le gustaba hacerlo.

Así que, con tanta truculencia, me iba a la cama con la cabeza poblada de espantos. Una noche tuve una pesadilla que todavía hoy recuerdo con total nitidez. Ocurría en los sótanos de la sastrería en la que trabajaba mi padre. Explosiones, cascotes que se desprendían del techo y yo, ovillada entre los tejidos, en la balda de debajo de una de las mesas de corte. Junto a mí, las enormes tijeras (también recuerdo su sonido al deslizarse por las telas: crish, crash, crish, crash). De pronto, a la altura de mis ojos, las botas lustrosas de un soldado. Entonces me desperté con el corazón desbocado y los miembros doloridos como si de verdad hubiera estado mucho rato en una postura forzada.

No podré nunca olvidar aquel invierno del 56. De pronto, hubo otro acontecimiento que alteró la vida del barrio. Se extendió la noticia de que un par de niñas habían sido atacadas por un individuo en el portal de su casa. Yo no sabía lo que significaba violación pero decían que no había llegado a tanto. Aún sin entenderlo con precisión me sonaba a algo sucio y relacionado con esa parte del cuerpo de la que nunca se hablaba, salvo cuando el cura te preguntaba si te hacías tocamientos.

Cuando fue asaltada la tercera niña, hubo una reunión de vecinos en la bodeguilla de la esquina. Decidieron hacer rondas de vigilancia hasta la hora en que se incorporaba el sereno y las niñas teníamos que llamar a la aldaba del portal para que en casa supieran que estábamos subiendo y saliera alguien al rellano.

A mi madre también le gustaba contar historias de “su guerra”. No fue tan heroica como la de papá pero también tuvo sus penalidades. Mamá tenía la habilidad de cambiar de registro y hacer que hasta su herida en un bombardeo tuviera más de experiencia divertida que de tragedia. La hirieron cuando

corría al refugio de la fábrica de calzado. No llegó a tiempo. Cuando la trasladaron al hospital con la pierna rota tuvo que esperar largas horas para ser atendida porque ese día también habían descargado su saña contra Gernika. Mi madre fue testigo de las consecuencias de uno de los experimentos más téticos de la guerra. Después, se instaló con un colchón en el túnel del tren de Lezama que estaba cerca de su casa. Allí pasó la convalecencia porque no podía correr cada vez que sonaban las sirenas. De aquellos días recordaba, sobre todo, lo bien que le trataban las vecinas y las visitas de los chicos del barrio cuando estaban de permiso. Así que, según decía, estaba casi agradecida de no tener que vivir el sobresalto de las alarmas y las carreras hasta el refugio.

Uno de los días en que acompañé a mi madre al mercado conocí al mendigo. Estaba allí, sentado en la escalera, con la bufanda de mi padre. A sus pies tenía un cartel con letra cuidada y elegante, la misma de los poemas. También reposaba a su lado una caja de cartón con unas cuantas monedas y una botella disimulada en una bolsa de papel de estraza. Era un hombre todavía joven, me pareció que podía ser algo más joven que mi padre, alto y delgado, de aspecto aseado a pesar de su indigencia y con una luz extraña en sus ojos. Me miró con dulzura y juntando sus manos a la altura del pecho, hizo una pequeña reverencia. Mi madre tiraba de mí diciendo que estaba atontada y yo hubiese dado cualquier cosa por poderme quedar un ratito con él. Ni siquiera sabía su nombre.

Hasta que me lo topé en el camarote una mañana cuando fui a recoger el termo. Estaba tumbado sobre un colchón y cubierto con un amasijo de trapos y periódicos. Me asusté muchísimo pero él me dijo “no tengas miedo, Susana ¿porque te llamas así, verdad? Enseguida me iré pero es que estoy algo malo. Gracias por todo, Susi, eres mi ángel”. ¿Y tú, cómo te llamas?, conseguí articular. Juan, me llamo Juan, me respondió. No bajé corriendo, sólo con el pulso acelerado y las lágrimas a punto de brotar. Entré sigilosa y me metí en mi cuarto para tranquilizarme. Ante la estrecha ventana de mi habitación miraba hacia arriba para asomarme al pequeño rectángulo de cielo, único punto de fuga de aquel callejón en el que podíamos adivinar el menú de los de enfrente y ver hasta los rasgones en las sábanas de la vecina.

La última semana de febrero fue espantosa. Mamá, empeñada en hacer bien su papel, decidió ir al colegio a hablar con mi maestra. Le entró la paranoia de que yo podía haber sufrido también alguna agresión y como era tan cerrada, tan misteriosa, no había dicho nada en casa. Aquello fue muy desagradable. Me sentí como sometida a consejo de guerra con mi maestra, mi madre y, lo peor de todo, con la bruja de la directora. Todas empeñadas en que no tenía que temer nada, que era un bien para la comunidad decir lo que me pasaba, que yo era muy observadora y, quizá, podría dar algún detalle que ayudara a detenerlo. De pronto, vi precipitarse el final.

Sucedió el domingo. Mi padre volvía de dar su paseo con el periódico debajo del brazo. Venía con semblante relajado, como si fuera portador de buenas noticias. Buscó la página de sucesos y allí estaba: detenido el presunto violador del Casco Viejo. También estaba la foto de mi protegido con la bufanda de mi padre y la mirada perdida, con la expresión del que sabe que hasta la peor de las vidas todavía puede empeorar un poco más. Y comprendí que para descubrir la injusticia no era necesario viajar a Alabama del Sur.

Volví a releer mi libro preferido y me paré bastante rato en el pasaje en el que Atticus regala a los niños unos rifles de aire comprimido. Entonces fue cuando les dijo:

“Preferiría que disparaseis contra botes vacíos en el patio trasero, pero sé que perseguiréis a los pájaros. Matad todos los arrendajos azules que queráis, si podéis darles, pero recordad que matar a un ruiseñor es pecado. Los ruiseñores no se dedican a otra cosa que a cantar para alegrarnos. No devoran

los frutos de los huertos, no anidan en los arcones del maíz, no hacen nada más que derramar el corazón, cantando para nuestro deleite. Por eso es pecado matar a un ruiseñor”.

Esa tarde tuve mi primera regla. Así pude sentir que a la suciedad del mundo que me rodeaba venía a unirse mi propia sensación de suciedad. Y también de desamparo.

Mabel Andreu

Cuento Ganador del LXIV Concurso Literario de La Felguera, 2013

Cosas de familia

Jon se despertó por la mañana y después de apagar de un manotazo el despertador, se dio cuenta de la mancha de sangre que llegaba hasta el cubre colchones. Durante unos instantes permaneció horrorizado, hasta que comprendió que le había bajado la regla. Tras darse una buena ducha, se colocó una toalla entre las piernas, quitó rápidamente las sábanas y las metió en una bolsa de basura.

Mientras desayunaba, con un Ibuprofeno para intentar aplacar los dolores, encendió la televisión como todos los días en busca de noticias, pero el anuncio de Evax le recordó que necesitaba comprar compresas.

Cogería el coche para ir a una de esas grandes superficies donde nadie te conoce. Llenaría el carro con cervezas, unas maquinillas de afeitar, pasta de dientes y, despistadas, las compresas. Cuatro productos únicamente, así que pasaría por la caja rápida y de nuevo a casa.

Acabó el desayuno y se puso a preparar toda la parafernalia. Se quitó la toalla y con una bolsa de basura, cinta aislante y unas tijeras, cortando dos agujeros para meter las piernas, se confeccionó una especie de pañal que sujetó con tiras de cinta aislante. Terminó de vestirse y, para un mayor disimulo, se anudó el jersey a la cintura.

Cogió el coche y como había pensado, se dirigió a un hipermercado que estaba a unos pocos kilómetros de su casa. –No sé por qué me tiene que pasar a mí esto– murmuraba mientras conducía y metía la tercera, –ya me lo estaba temiendo, la culpa es de los malditos transgénicos, hace tiempo que estaba yo notando que algo no iba bien, si yo que era como un oso me estaba quedando como un metrosexual y eso que desde que me enteré que les inyectaban no sé qué hormonas no he vuelto a comer pollo...

Ya en el hiper, primero se dirigió a la sección de bebidas y metió un par de packs de cervezas en el carro. Terminada la operación fue a la sección de droguería y despacio pasó por las diferentes estanterías hasta darse de narices con las compresas. El pasillo estaba desierto y las baldas llenas, así que cogió un paquete y empezó a leer: “Con alas, Superplus”, –para qué quiero alas–, luego cogió otro: “Fina y segura”, –lo que me faltaba...–, y un tercero: “Sin alas, normal”, –hombre, por fin uno normal–, y tiró media docena de paquetes al carro. Justo enfrente estaban los dentífricos, así que cogió un par de tubos, un cepillo y se apresuró a la caja.

Cuando fue a pagar se dio cuenta de que con las prisas se había dejado la cartera en casa. Se disculpó y al hacerlo le salió una voz aguda que provocó una carcajada a la cajera.

Humillado y sin hacer la compra, salió rápidamente y cogió el coche. Se dirigió a casa de su madre y de su tía, la gran parejita renegona. Siempre que pensaba en ellas, las recordaba así, juntas, inseparables, como si no fueran dos sino una.

Tocó el timbre y antes de que terminasen de abrir la puerta soltó: “Me ha bajado la regla”.

Y su madre, agarrándole de la mano, le metió adentro y cerrando la puerta le dijo: “Tranquilo hijo, es cosa de familia, lo mismo le pasó a tu padre”, y miró a la tía.

Adelaida Otxoa

“Sweet Jane”

Se la oí contar a mi abuelo que nació en 1898. Decía que era una de esas historias que corrían por todos los puertos del condado de Donegal, relatadas de manera diferente en cada uno de ellos. Sin embargo, aseguraba con orgullo que la suya era la versión auténtica, porque siendo joven conoció al mismísimo Bellaghy. Esta que paso a relatar, es la historia tal y como yo la recuerdo. Debería haberla apuntado en aquellos años en que la escuché para no traicionar ahora a la verdad con mi mala memoria o mi exceso de entusiasmo.

Los había que hacían su trabajo a base de fuerza pero no él. Bellaghy pertenecía a esos despiezadores de oficio que habían aprendido la profesión fijándose atentamente en sus mayores. Cuando era época de que las ballenas entraran por el cabo Malin, Bellaghy se subía a ofrecer sus servicios a Galway, a Donegal o a cualquier puerto en donde pagasen por su trabajo. Siempre lo hacía cargado con su propia herramienta porque no se fiaba de las que los consorcios de aceite pudieran llegar a darle. Todo el mundo le admiraba porque sabían que con sus propios bicheros o hachas era capaz de llenar en el mismo tiempo más toneles de grasa que dos y hasta tres hombres. Su utensilio preferido era una gran cuchilla convexa que cortaba la piel de una ballena con sólo tocarla. Él la llamaba “Sweet Jane” no sé si con amargura o ironía. “La dulce Jane” era una pieza brillante acrisolada en un horno Siemens. Por aquel entonces nadie conocía que pudiesen fabricarse cortes con esas nuevas técnicas. Quizás Bellaghy viajó a Alemania o se la compró a algún comerciante de allí. Cuando era chico mi abuelo me llevó a verla al museo de Dublín. Tenía un largo mango de madera de abedul amarillo y una hoja que parecía hecha de acero recién lavado. Una auténtica belleza que sobrecogía con sólo mirar su filo.

La historia que relataba mi abuelo sucedió antes de que él mismo naciera. Yo diría que poco antes del año noventa. Aquél otoño, por lo visto, cruzaron el cabo Malin más ballenas francas que nunca. Varias manadas de las de entonces, algunas con centenares de individuos. Cuentan que se avistaron también grupos menores de ballenas jorobadas. Puede ser que se haya exagerado con el tiempo pero de lo que no cabe duda es que fue un buen año de caza y de dinero para los que, como Bellaghy, hacían su vida de ello. Según los ejemplares que hubiese que despiezar y los hombres que hubiese disponibles, las faenas podían prolongarse durante una quincena. Durante aquellos días los puertos de mar olían a matadero de carne. Bellaghy acostumbraba a hacerse cargo del animal más viejo que era el más difícil de descuartizar, y solía trabajar sólo. Como mucho con un par de muchachos que le hacían faenas menores. Empezaba con un largo corte longitudinal que hacía con “La dulce Jane”. Apenas con un rasguño en la piel, sajava totalmente al animal. Había que hacerlo con precisión para no dañar las capas de grasa inferiores porque de lo contrario éstas podían romperse y luego resultaba muy complicado cortar las piezas de tocino.

Cuando el lomo del animal estaba totalmente abierto, clavaba tres o cuatro bicheros en la piel de la ballena y tiraba de ellos de manera uniforme hasta dejar totalmente al descubierto la grasa del vientre. Una vez había hecho ésto, se subía encima de la ballena e iba partiendo los trozos de sebo que los muchachos se encargaban de encofrar para llevarlos a las calderas de fundido de la grasa. Antes de que el cuerpo del animal se hubiese convertido en un despojo irreconocible, no era raro verle acariciar su rugosa piel o quitarle los crustáceos y moluscos que se adherían a ella, como si quisiese disculparse de algún modo por el trabajo que hacía. Bellaghy nunca evisceraba. Solo en contadas ocasiones se dedicaba a descuartizar la carne. Decía que ese era un trabajo propio de matarifes. Y mientras los otros trabajadores, al terminar la jornada, se alojaban en barracones, Bellaghy tomaba alojamiento en una

fonda del pueblo. No solía mezclarse con ellos porque no se consideraba como esa chusma que iba al día siguiente con el mono acartonado por la sangre seca de la ballena y que trabajaba por poco más que unas libras para emborracharse. Él sólo bebía cuando el último ballenero ya se había ido y se daba por terminada la temporada. Bellaghy usaba varios buzos diferentes que se hacía lavar cada día para acudir siempre limpio a su trabajo. Era el primero en llegar y el último en marcharse. Verle en las horas del amanecer, cuando llegaban los primeros trabajadores a las dependencias del puerto, vestido de un blanco immaculado le daba también un aura de prestigio que hacía que todos le respetasen.

Cierto día, cuando aquella gran temporada estaba a punto de terminar, entró uno de los últimos barcos balleneros en el puerto de Galway. Arrastraba dos grandes ejemplares de ballena franca. Un enorme macho de casi veinte metros y unas noventa toneladas y una hembra algo más pequeña. La hembra estaba preñada. Pocas veces se veía algo así. Los cazadores de ballenas respetaban la gestación de las hembras. Mi abuelo cuenta que en cierta ocasión oyó que en Inishfree se llegó a juzgar a un capitán de navío por haber capturado una hembra preñada. En Inishfree sacaron a la cría aún viva del cuerpo de su madre y viva aún volvieron a arrojarla al mar. Todo el mundo sabe que en un caso de estos no existe posibilidad de que la cría sobreviva, pero en Irlanda desde siempre se hizo de ese modo. Es un homenaje al animal que da de vivir a tantas familias. En otras partes del mundo suele despiezarse a la cría para aprovechar su grasa blanca. La grasa que se obtiene de ella se paga hasta cien veces más cara, casi el precio que alcanza el ámbar gris. En esos lugares a aquél capitán no le hubiera sucedido nada, pero en Inishfree sufrió un año de presidio y tuvo que pagar como multa los beneficios que le correspondían por la expedición. Si cuento ésto es porque la historia de Bellaghy tiene que ver con ello. Algunos de los temporeros ya se habían ido cuando el último ballenero arribó al puerto de Galway. Engancharon un cabo a cada una de las colas de los dos últimos animales, otro en torno a la cabeza y tiraron con poleas para subirlos por la rampa del puerto hasta los muelles de despiece. Una vez allí Ian Bellaghy se encargó del cuerpo del macho en tanto otros hombres empezaron a desollar a la hembra. Cuando sajaron el vientre de la madre, el cuerpo de la cría aún latía. Lo que sucedió después ocurrió muy rápidamente y dejó boquiabiertos a todos. El capitán del ballenero observaba la escena desde el puente de mando de su barco. Algunos dicen que era un hombre de rasgos asiáticos y otros, que pertenecía a una familia noble de Londres. Tampoco es demasiado relevante en la historia. El caso es que antes de que nadie pudiera reaccionar, se dirigió al cañón que aún tenía cargado y disparó un arpón sobre la cabeza del animal. Se oyó un sonido sordo y luego un potente chillido. Agudo como el de un niño y aterrador por el silencio que se hizo en ese instante en el puerto de Galway. La agonía de la cría duró un par de minutos hasta que el pobre animal dejó de chillar. Todos quedaron paralizados excepto Ian Bellaghy. Sin ningún otro gesto que lo anunciara, empuñó con fuerza a “Sweet Jane”, subió por la escalerilla del barco y, al llegar a su altura, levantó la cuchilla por encima de la cabeza del capitán y de un tajo limpio partió su cuerpo desde el cráneo, en dos mitades tan iguales como pudieran hacerse.

Cuando llegaba a esta parte de la historia, mi abuelo siempre solía hacer una pausa que realzaba el dramatismo de la escena. Y yo me imaginaba el silencio espeso del puerto tan sólo roto por el graznido de las gaviotas. En este punto diferían bastante las versiones. Algunos decían que, asustados, todos se fueron a sus casas mientras unos marineros embarcaron rápidamente a Ian Bellaghy en un pesquero rumbo a Terranova para proteger su vida. Mi abuelo aseguraba que Bellaghy y algunos de sus ayudantes siguieron trabajando en el descuartizamiento de la pieza hasta el anochecer, hasta dar por concluida totalmente su tarea. Contaba que desde lejos podía verse el reflejo de las luces del puerto en su mono blanco, y que no fue sino hasta el día siguiente cuando –acompañado de sus utensilios de trabajo– le sacaron de Galway. Sea como fuere, desapareció durante casi treinta años mientras su leyenda y la de su afilada cuchilla seguía pasando de boca en boca por todos los puertos de Irlanda. Cuando regresó, con más de sesenta años, él y “La dulce Jane” eran todo un mito al que nadie se hubiese atrevido

a molestar. Fue en estos años cuando mi abuelo tuvo oportunidad de oír la historia de los mismos labios de su protagonista para poder contar luego, con orgullo, que la suya era la versión auténtica.

José Ignacio Tamayo

Donde nuestros pasos nos lleven

El sótano estaba preparado. Las noticias, cada vez más alarmantes, les habían animado a habilitarlo como refugio. El tiempo pasaba fácilmente para los dos, ocupados y sin pensar mientras trabajaban juntos para almacenar provisiones.

La precaria salud de su padre había obligado a Roy a desempeñar las tareas más duras. A sus quince años había aprendido a valerse bastante bien por sí mismo. Apenas había conocido a su madre, pues había fallecido cuando él aún no tenía tres años. Su padre trataba de que no le faltase nada, supliendo como podía la ausencia de ésta.

Aquella noche el cielo se iluminó. Repentinamente se había hecho de día. El suelo tembló y los cristales estallaron. Roy y su padre corrieron al sótano como tenían previsto, cerraron la puerta blindada tras ellos y allí permanecieron en silencio, expectantes durante unos minutos. La tierra seguía temblando. Su padre le arropó y así continuó lo que a Roy le pareció una eternidad. Por fin se volvió a dormir. Si su padre lloraba, él no lo sabía y durante un tiempo al menos no le preocupó mucho, quizá porque ahora sabía que no podía marcharse, que se quedaría allí con su padre independientemente de que estuviera enfermo o no.

Distribuyeron y racionaron los alimentos, organizaron el tiempo de aprendizaje, por la tarde, dos o tres veces la primera semana. Roy leía Moby Dick y su padre a Louis L'Amour. Roy escribía respuestas a preguntas quisquillosas y aparentemente insignificantes sobre la trama, el tema y su padre decía: eso sí que es una novela del Oeste.

Al cabo de unas semanas se dieron cuenta de que los temblores habían cesado y de que las semillas de los pequeños recipientes habían germinado. Su padre cogió el bote de mostaza y lo acercó a su nariz, lo olfateó como un felino olfatea a su presa. Y con los ojos empañados, se volvió hacia él diciéndole:

— Cuando cumplí los dieciocho años, tu abuelo me regaló un Morris Mini. Era un coche diminuto, como el coche de un parque de atracciones, y uno de los limpiaparabrisas estaba roto, así que tenía que sacar la mano por la ventanilla para manejarlo. En esa época a tu madre le volvían loca los campos de mostaza, siempre quería que fuéramos a verlos cuando hacía buen día, por todo Davis.

Roy, acostumbrado al cargado ambiente del lugar, no entendía muy bien la añoranza de su padre por el pasado, pero aún así le escuchaba atentamente.

— Entonces había más campos y menos gente. Pasaba en todo el mundo. Al principio todo era un gran campo, en él se vivía en armonía, pero pronto los cultivos dejaron de ser rentables, quisimos más y se crearon pequeñas empresas, con ellas los campos fueron desapareciendo. Se manipuló la genética para producir más en menos tiempo, dejamos de cuidar los campos y nos esforzamos en conseguir energías artificiales y difíciles de controlar. Así llegó a Davis la Davington Factory, muchos puestos de trabajo, hermosas casas con preciosos jardines y bellos parques artificiales que a todos nos parecieron maravillosos.

— No tardamos en darnos cuenta de que ya el aire no olía a mostaza, sino que nos traía un olor

ácido y metálico que nos secaba la garganta. En ocasiones sangrábamos por la nariz y la gente padecía de dolores generalizados que los paralizaban, y poco después fallecían. Tú eras demasiado pequeño para comprenderlo, pero así perdimos a tu madre.

— Ya ves, Roy, aquí estamos, no sé cuánto tiempo ha pasado, ni lo que nos espera fuera, pero me temo que después de la explosión todo estará arrasado; debemos colocarnos las máscaras y salir al exterior, ahora todo parece estar en calma.

Subieron las escaleras, abrieron la puerta y un silencio doliente les sobrecogió. El salón estaba oscuro, completamente cubierto de polvo. Tras las ventanas sin cristales, se divisaba una inmensa capa de ceniza gris que lo cubría todo: las casas, los coches, los jardines y los parques, todo había desaparecido bajo aquel manto mortal.

Atónitos por aquel desolador espectáculo, bajaron de nuevo al sótano, ninguno decía nada, pero tras unos segundos, su padre dijo: Recojamos nuestras pertenencias y los víveres que quedan junto con las semillas.

Ambos recogieron todo en silencio y sin detenerse subieron al vestíbulo. Salieron a la calle. Era peor, mucho peor de lo que podían haber imaginado, pero no dijeron nada, emprendieron camino sin saber lo que encontrarían.

Roy miró a su padre, vio que por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas pero calló, y así, cogidos de la mano, unidos por la desolación, siguieron caminando sin rumbo buscando un lugar en el que comenzar.

Aguamarga

A Rocío

Fui por la misma razón por la que no había ido los últimos años: Maite había muerto allí. Desde niño tenía la costumbre de pasar unos días al año en el balneario de Aguamarga. A mis padres les encantaba el ambiente, burgués y decadente, con su decoración “belle époque” y sus bañeras vaciadas en mármol y yo, a lo largo de mi vida, lo llegué a sentir como un refugio seguro donde evadirme de las tensiones del trabajo, recobrar el sosiego y evocar mi infancia. Pero cuando supe que Maite había muerto en Aguamarga, no quise volver.

Maite fue mi primer amor. Nuestras familias coincidieron en el balneario el verano en que cumplí doce años y me enamoré como un tonto de ella antes incluso de saber qué era eso de enamorarse. Al terminar la temporada, nuestras familias se fueron cada una a su ciudad y no volví a tener relación ni noticias de ella, aunque siempre me quedó el recuerdo idealizado de su imagen y de su nombre.

El periódico informó, escuetamente, de que una mujer se había ahogado en la piscina natural de Aguamarga en la que tantas veces yo me había bañado. Luego, un conocido del balneario me contó detalles que acabaron por hacerme ver que se trataba de Maite. Aquello me conmocionó profundamente y sacó a la superficie sentimientos que yo creía olvidados.

A partir de entonces comencé a sufrir, de forma recurrente, episodios de desazón que no era capaz de explicar, hasta que finalmente llegué a la conclusión de que tenía que ver con el baño y con la muerte de Maite. Aunque habitualmente me ducho, cuando por alguna circunstancia me bañaba, ya fuera en un hotel o incluso en el mar, sentía una sensación angustiosa; incluso creía oír una voz triste y lejana que me llamaba. Aunque al principio no quise darle importancia, finalmente tuve que reconocer que estaba profundamente desasosegado y fue entonces cuando decidí ir al balneario para buscar una solución y recobrar la calma.

En la primera oportunidad que se presentó y con el pretexto de una cura de aguas, me fui una semana al balneario. Desde el momento de mi llegada me encontré sumergido en el grato ambiente que recordaba; todo, desde el mobiliario hasta el personal de servicio, contribuían a la sensación de orden y calma que tanto necesitaba y que, pese a todo, no conseguía alcanzar.

Particularmente agradable fue el encuentro con Rocío, la fisioterapeuta que se ocupaba de los baños en la piscina natural con la que, de forma inmediata, retomé la cordial relación que tuvimos en mis estancias anteriores. Animado por la confianza que me ofrecía, le comenté mi interés por lo sucedido con Maite. Al principio me contestó con evasivas, pero finalmente me contó que se había ahogado cuando tomaba los baños en compañía de su esposo que, inexplicablemente, no se percibió de ello.

También me dijo que este suceso había dado mucho que hablar en el balneario porque, al parecer, la pareja no se llevaba bien y que, aunque no se pudo probar que el marido tuviera ninguna responsabilidad en el hecho, lo cierto es que un tiempo después se suicidó. Incluso se corrió el rumor en el balneario de que se oían voces en el último turno de la piscina, por lo que los usuarios comenzaron a dejar de utilizarla a esa hora, provocando el adelanto de la hora de cierre.

El último día de mi estancia le pedí a Rocío que me dejara quedarme en la piscina cuando se ce-

rrara al público y, después de alguna reticencia, se avino a ello. Con el fin de no comprometerla, acordamos que ella apagaría la iluminación y las bombas de los chorros de hidroterapia –en todo caso, yo dispondría de las luminarias de seguridad–, y podría salir en el momento que quisiera sin más precaución que cerrar la puerta de golpe.

Cuando me quedé solo, entré en la piscina y me senté en un poyete, con el agua hasta el cuello, a la espera de no sabía qué. Con la penumbra reinante y la tibieza del agua me fui adormeciendo hasta que me sobresaltó el ruido de la puerta al abrirse. A pesar de que la puerta estaba cerrada, vi a una pareja que, vestida con albornoces, se dirigía hacia la piscina. Al poco, me di cuenta de que, aunque los albornoces tenían la forma y los movimientos propios de una persona vestida con ellos no había tales ya que, fuera de la prenda, no se veía nada que pudiera ser parte de un cuerpo.

La forma mayor se sentó en una silla un tanto alejada del agua, mientras la otra, cuyo relieve parecía corresponder a una mujer, caminaba por el borde de la piscina hasta que, repentinamente, cayó al agua. Entonces volví a oír la voz que tantas veces me había desasosegado, pidiendo auxilio. El albornoz de la silla permaneció inmóvil y yo, instintivamente, nadé hacia el que se hundía lentamente; manoteando toqué algo que tenía la consistencia de un cuerpo de mujer, ya que no su imagen. Lo abracé con todas mis fuerzas y entonces sentí en mi boca el contacto de otros labios y un aliento que trataba de entrar por ella. Obedeciendo a un impulso inexplicable, aspiré con todas mis fuerzas hasta que la sensación de abrazar un cuerpo desapareció. Solo quedó, entre mis brazos, la prenda vacía. Miré de nuevo hacia la silla en la que solo quedaba el albornoz desmadejado sobre el asiento, como si el soporte que parecía tener unos segundos antes hubiera desaparecido. Sin soltar el albornoz que había abrazado, nadé hasta el borde de la piscina y me senté para recobrar la calma y el aliento.

Decidí marcharme inmediatamente; no tenía nada más que hacer allí. Dejé una nota a Rocío en la que le agradecía su ayuda y le sugería que reabriera el último turno porque, en el futuro, no se volverían a oír más voces en la piscina.

Unos días después, fui a visitar la tumba de Maite y deposité el albornoz sobre ella. Me quedé en pie, meditando, cuando salió de mí un profundísimo suspiro y sentí una gran paz interior a la vez que el tacto de un beso infinitamente tierno. Mientras, el albornoz iba desvaneciéndose como la niebla cuando el sol sube en el cielo.

Miguel Parra

De un joven arrepentido

Estas líneas están obtenidas de unos apuntes de mi hermano gemelo. Aparecieron en un cajón de su despacho familiar dos días después de su muerte. En ellas se recoge nuestra vida en común hasta los dieciocho años, así como la que él tuvo a partir de nuestra separación.

Es un relato sencillo que me ha permitido conocer su versión de lo que vivimos juntos y, sobre todo las reflexiones sobre su accidentada juventud son lo que me ha impulsado a transmitirlo por el interés que contienen y para que, si algún joven lo leyese, no cometa los mismos errores. Así decía en su relato:

“La primera vez que lo vi me pareció feo; era redondo, transparente y muy pequeño. Poco a poco comenzó a crecer y hacerse más bonito, al menos para mí, ya que a medida que aumentaba su tamaño también le crecían más cosas a su alrededor, igual y al mismo tiempo que a mí. No sé decir lo que éramos pero sí que me agradaba tenerlo a mi lado porque nadábamos juntos en aquel lugar tranquilo. Lo que más me divertía era cogerle un largo cordón, que le salía desde el centro de su forma, y moverlo; él hacía lo mismo con el mío, por lo que los dos dábamos vueltas y más vueltas. Los juegos se fueron complicando porque habíamos crecido y el espacio donde estábamos se nos hacía pequeño hasta el punto de no tener sitio ni para movernos.

Un día sucedió algo inexplicable. De repente sentí que una fuerza extraña me atraía hacia abajo. No sabía lo que era pero no tenía miedo, a pesar de que en el lugar donde había estado sumergido tanto tiempo el agua casi había desaparecido. Digo casi porque todavía quedaba la suficiente para envolverme, lo que me tranquilizaba y por eso no tenía miedo. Yo descendía por un lugar estrecho y no podía evitarlo. ¡Bueno! pensé, será que me voy a otro lugar para continuar jugando, por lo que no hice nada, dejándome caer hasta que me encontré con él, parado justo por donde yo bajaba. No podía seguir porque estaba encajado y tampoco moverme, por lo que me di la vuelta y con mis dos extremidades, las que tenía debajo, le empujé bajando ambos vertiginosamente a la vez. Por fin salimos de ese estrecho conducto a un lugar con mucha luz en donde unos humanos (eso lo supe mucho más tarde) nos miraban. ¡Mi hermano gemelo y yo habíamos nacido! Abrí los ojos en una sala grande en donde estaban varias personas vestidas con batas y gorros blancos y con máscaras en la cara. No sé la razón pero una de ellas me pegó en el culo, me hizo daño y, además, me asustó por lo que comencé a llorar, oyendo a mi hermano hacer lo mismo, ya que también le habían pegado.

Éramos dos para todo, tanto para llorar cuando teníamos sueño o hambre, lo que nos gustaba hacer juntos, como para comer, que lo hacíamos uno después del otro ante la imposibilidad de que mi madre pudiese darnos pecho a los dos a la vez... pobre madre nuestra, el trabajo que le dábamos. Claro que no se podía comparar con el que posteriormente tuvo que soportar cuando comenzamos a andar. Por ejemplo, montábamos a caballo para hacer carreras entre los dos (los caballos eran los apoyabrazos de un butacón inglés que utilizaba mi padre para descansar); también hacíamos una tienda de indios, de esas del oeste de las películas americanas, en donde nos metíamos para parlamentar (era en un pequeño cuarto que servía de trastero y tapábamos una alta escalera de madera con una vieja sábana); jugábamos a guardias y ladrones (los dos éramos siempre ladrones) escondiéndonos en una carbonera que había en la cocina y que se utilizaba para el fuego de la cocina y de la calefacción. Las negras salidas representaban siempre unos buenos escobazos, bronca con ducha y cambio de ropa.

Pasaron no más de ocho años y los pequeños niños se convirtieron en pequeños diablos del ba-

río. En aquel entonces jugábamos en la calle; no existían parques infantiles municipales, ni polideportivos, ni play-station, ni televisión; tampoco había semáforos ni pasos de cebra y prácticamente ni coches, solo carros tirado por burros o caballos que andaban desganados por las calles. Por el contrario las goiti-bera, los tiragomas de madera y los balones hechos con papel y atados con cuerdas eran nuestros juguetes habituales. También teníamos bombillas, de esas de antes que estaban colocadas en lo alto de los postes de madera alumbrando pobremente las calles; y cristales de todo tipo, en lonjas, en talleres, en las casas... ¡todos servían! Armados de tiragomas y con una excelente puntería, no existía cristal alguno que no claudicase a nuestras armas. Eso era lo que más nos divertía, casi siempre acompañado de los gritos de vecinos afectados.

Al ser dos nos convertimos en jefes de una pandilla de niños del barrio, siendo temidos por las trastadas que hacíamos. Claro está que teníamos enemigos de otras calles con los que dialogábamos a menudo, siempre a distancia a base de guerras a pedradas, con espadas de madera o hasta a puñetazos. Pequeñas heridas y brechas en la cabeza eran el pan nuestro de cada día.

Con las vacaciones de verano llegaban las corridas de toros de la Semana Grande y la Vuelta Ciclista a España. Al día siguiente de cualquier corrida íbamos al basurero de la plaza de toros a recoger vitolas de puros, bien para cambiar por cromos o cualquier chuchería o para hacer ceniceros que quedaban muy bonitos. La única vez que no lo hicimos fue cuando se quemó la plaza justo a la noche del mismo día que había toreado el Cordobés. ¡Vaya fuego, parecía que se iba a quemar todo Bilbao!

La Vuelta era otra cosa. Antes de que comenzase, cuando conocíamos las etapas, pintábamos en las aceras de nuestras calles con tiza blanca todo el recorrido, con salidas, llegadas, puertos de montaña y hasta puntos de avituallamiento. Eran muchas etapas por lo que usábamos varias aceras. Comprábamos cromos de la colección que siempre salía por esas fechas; recortábamos las caras de los ciclistas al tamaño de unos iturris (así llamábamos a los tapones de gaseosa, cerveza o vermut); introducíamos lo recortado poniendo un cristal sobre las caras de los que nos había tocado en sorteo (redondeado previamente a base de frotarlo en una pared justo al tamaño de los iturris) y lo sellábamos con masilla alrededor del cristal dejando que se viese la cara del ciclista. Terminado el montaje, el iturri perdía su identidad para convertirse en el corredor que fuera (Loroño que era nuestro favorito, Bahamontes al que le teníamos un poco de manía, Van Looy, Van Stembergen... cualquiera) y comenzaba la carrera diaria coincidiendo con las etapas reales de la vuelta. ¡Era emocionante! Cuando un corredor se retiraba, el iturri que lo representaba era eliminado del juego. Repintábamos todos los días las etapas en la acera y al final de la vuelta era más importante el iturri-corredor que hubiese ganado que el ciclista que lo hubiese hecho realmente.

Transcurrieron con rapidez los años, en los que la catequesis y el cine de la parroquia eran lo más destacado de nuestras vidas infantiles. Ya con catorce años pasamos de la catequesis a formar parte de la Acción Católica. En el centro de aspirantes, que estaba al lado de la iglesia, teníamos juegos de salón y escuchábamos música clásica, igual que lo hacíamos los domingos en los conciertos mañaneros del cine Buenos Aires.

En el verano marchábamos de campamento a un pueblo cercano a Bilbao en donde comenzamos a vivir y conocer la naturaleza; aprendimos a nadar en un río en el que nos lavábamos al comenzar el día; comprábamos en el matadero del pueblo la carne que íbamos a comer y todos los días íbamos a un caserío para recoger un tremendo puchero de alubias rojas con tropezos que era el plato principal; fregábamos, rezábamos, cantábamos todas las noches ante el fuego del campamento y lo pasábamos muy bien, ¡ah! también cogíamos cangrejos y truchas a mano en los pozos del río, con mucho cuidado porque a veces salían de las cuevas culebras en lugar de truchas.

La vida de las familias en general era dura. En la nuestra siempre habíamos vivido muy bien; disponíamos de muchacha interna de servicio y un coche nunca había faltado, inclusive con chófer durante años, hasta que un revés de su empresa arruinó a nuestro padre, lo que provocó que con 16 años entráramos a trabajar en un banco.

A los cuatro años de haber entrado, la empresa nos invitó a estudiar en la universidad, a la cual asistíamos a las tardes después de salir de trabajar. Éramos jóvenes; sí que lo éramos, pero sin vida como tales, ya que no teníamos tiempo, porque entre el trabajo, las clases, los deberes y los exámenes trimestrales casi no podíamos ni ir a bailar como nos hubiese gustado. Muy pocas veces conseguíamos ir a algún guateque y, además, para poder hacerlo era obligado llevar pareja, lo que requería acudir los domingos a las mañanas al baile matinal de la Sala Arizona, en donde se buscaba y, con suerte se llegaba a encontrar, a una chica que quisiera acompañarnos al guateque.

El sueldo lo entregábamos íntegramente en casa, quedándonos con las horas extraordinarias gracias a lo cual conseguimos comprar una moto de segunda mano. Mi gemelo comenzó a salir con una compañera del banco. Como nos teníamos que repartir la moto, porque mi hermano iba con su novia, haciendo un gran esfuerzo adquirimos otra, también de segunda mano, lo que supuso que después de muchos años me encontré solo, sin la compañía que había tenido hasta entonces de mi hermano, iniciando una nueva e importante etapa de mi vida.

Nuestras correrías juveniles buscaban otras zonas fuera del entorno de la capital. No existía pueblo en fiestas o bailes públicos de plazas que no conociéramos. La parte negativa era la de aprobar los exámenes de la universidad; de haber sacado siempre buenas notas, a partir de ese momento el aprobadillo se convirtió en el más vulgar y corriente de los resultados; aun así, aprobaba que era lo importante.

El ambiente social estaba muy politizado y mis ideas eran contrarias al régimen que nos gobernaba. Con mis amigos de entonces aprovechábamos cualquier fiesta para mostrar nuestra disconformidad, simplemente mediante manifestaciones, cánticos, pintadas y gritos contra el dictador. De vez en cuando colocábamos alguna bandera prohibida y repartíamos propaganda clandestina, y muchas, muchísimas veces corríamos entre calles o por campos huyendo de la brutalidad de la policía, como en una ocasión en Erandio, que nos cercaron en una pequeña calle y donde, para salir, tuvimos que pasar por un estrecho pasillo formado por guardias, entre golpes de porra, patadas e insultos.

Este fue el inicio que transformó mi juventud. En mis andanzas contacté con un talde de ETA cuyas acciones eran más violentas. Me habían observado durante meses y decidido captarme para la Organización. Acepté en cuanto me lo propusieron y mis comienzos se limitaron a servir de correo entre sus componentes; posteriormente asistí a varias reuniones y empecé a familiarizarme con su entorno y forma de actuar; a raíz de esas reuniones me inicié en prácticas de tiro y de orientación utilizando como tapadera un refugio en las faldas del Gorbeia que pertenecía a una orden religiosa de Bilbao. Posteriormente di un paso más, transportando explosivos y armas para las acciones que se iban a realizar, aunque en ese período jamás conocí por adelantado sus detalles, de lo que me enteraba normalmente al día siguiente por la prensa fascista.

Fueron dos años intensos cuya mayor preocupación consistía en aparentar una vida normal. Trabajaba, estudiaba y los fines de semana iba al monte para continuar con mi formación militar, hasta que me detuvieron de la forma más absurda.

La Organización había planificado atracar el banco en donde yo trabajaba. Para ello me habían encargado realizar un exhaustivo estudio, incluyendo un plano de la oficina e indicando puestos y nombres

de los empleados. Lo hice según me habían ordenado con escrupuloso detalle y, como era lógico en aquellos tiempos, a mano. En un control, la policía detuvo a uno del talde coincidiendo que en ese momento llevaba en su poder los planos e informe que yo había realizado. El resto fue sencillo para ellos analizando mi caligrafía, por lo que la detención fue inmediata en el mismo puesto de trabajo del banco.

Me llevaron al cuartel de la guardia civil de La Salve, introduciéndome en un lúgubre, sucio y húmedo calabozo situado en los sótanos, donde me torturaron despiadadamente durante no recuerdo cuántos días. Al poco de entrar me introdujeron en una sala amplia sin ventanas; un número de paisano con cara bondadosa y una amplia sonrisa, dirigiéndose a mí que estaba de pie, desnudo y esposado a la pared, me dijo:

— ¡No te preocupes chaval, que no vas a sufrir nada!

De repente desenfundó su enorme pistola y me puso el cañón frente a los ojos. Mi mirada se concentró en su boca redonda y negra esperando con horror que de ella saliese la bala que terminaría con mi vida.

— ¡Vas a morir aquí mismo, cabrón! –me dijo con una expresión de odio y agresividad.

Hizo el primer disparo: ¡clic!... Siguió el segundo: ¡clic!... Continuó con un tercero: ¡clic!... para este momento mis esfínteres se habían descontrolado, lo que obtuvo una carcajada general de los tres o cuatro guardias que había allí.

— ¡Eres un mierda, hijo de puta, casi no hemos empezado y ya te cagas! –me dijeron.

El primer puñetazo en plena nariz me dejó momentáneamente sin sentido comenzando a sangrar profusamente; siguieron con palizas en las que utilizaban desde porras o tubos de hierro forrados de paños húmedos hasta listines de teléfonos doblados para no dejar marcas; la bañera llena de excrementos a lo que seguía un manguerazo a presión de agua helada y los horrorosos electrodos. Horas interminables sin darme de comer, sólo agua de vez en cuando, y sin permitirme cambiarme de ropa ni dormir cuando paraban de torturarme. Al principio conseguí durante no sé cuánto tiempo no decir nada, pero finalmente hablé... hablé... y mi malherido cuerpo, en contra de mi mente, dijo todo lo que sabía.

Tuve atención médica en el Hospital de Basurto y al de un par de semanas de estar hospitalizado, cuando mi apariencia era decente y podía mantenerme de pie, me trasladaron a Madrid para juzgarme en la Audiencia Nacional. Fue un juicio rápido, representándome como abogado defensor, que no habló en ningún instante conmigo, un capitán de artillería de cara agria, enfadada y con el típico bigote falangista. La fiscalía solicitó 35 años de reclusión pero la condena se quedó en 20 años por pertenencia a banda armada, al no aplicarme otros cargos por no haber cometido delitos de sangre.

En aquel año de 1966, con la sentencia murió mi juventud. Sufrí lo inimaginable porque las paredes de mis celdas en las distintas cárceles que estuve se convirtieron en un inimaginable infierno. La libertad que tanto defendía y por la que luchaba me la habían quitado; pero no eran ellos los causantes sino yo el que la había matado con mi juvenil idea de independentismo.

Estando preso, mi hermano contrajo matrimonio con su novia y tuvieron una hija. Su vida profesional fue todo un éxito convirtiéndose con el tiempo en director regional de la entidad bancaria en la que habíamos entrado a trabajar.

Terminé mi condena, reducida por buen comportamiento y por haber rechazado oficialmente a la Organización, saliendo libre a los 15 años de comenzar mi calvario, con 15 años menos de vida como la de cualquier ciudadano normal y, sobre todo, sin haber disfrutado de mi juventud. En ese tiempo lo único positivo es que me había licenciado en Ciencias Económicas y realizado un master en dirección de empresas, lo que me sirvió para entrar a trabajar en una importante empresa, cuyo director general era íntimo amigo de mi hermano gemelo y en donde, al poco tiempo, ocupé un cargo importante alternando ese trabajo con la impartición de clases de económica política en la Comercial de Deusto.

Como mi hermano, me casé y tuve una hija. A partir de ese momento mi vida ha transcurrido dedicada enteramente a mi familia y al trabajo, hasta hoy, primer día de 1991 en el que me encuentro felizmente jubilado. El único problema que tengo es que mi salud es bastante delicada. De las torturas que sufrí cuando me detuvieron perdí un riñón y el otro se ha deteriorado hasta el punto que he comenzado a recibir diálisis. En el Hospital de Cruces me han comunicado que tendré que esperar bastante tiempo para que me hagan un trasplante debido a una extensa lista de solicitantes; pero yo creo que es una disculpa esperando que antes llegue mi última hora, ya que por mi edad atenderán antes a los muchos casos de personas más jóvenes que a este pobre y viejo carcamal.

Hay otra posibilidad a la que yo me niego. Mi hermano está dispuesto a donarme uno de sus riñones y según los médicos que me atienden las posibilidades de éxito serían altas. La única complicación podría venir para ambos por la edad que tenemos y yo no quiero transferirle mis problemas; bastantes perjuicios he ocasionado a mucha gente a lo largo de mi vida, y que mi mente no consigue olvidar, como para vivir con otra posible carga más y, además, que pudiera afectar a mi gemelo. Prefiero esperar el turno de esa lista y afrontar las consecuencias.

Soy consciente de que mi vida puede ser corta, lo cual espero con resignación. Lo que más lamento de mi pasado es la pérdida de mi juventud, que recuerdo constantemente cuando doy las clases en la universidad a los jóvenes de esta generación a los que contemplo con verdadera envidia”.

Jesús María Olano

La Santina

En los montes de Asturias se encuentra una zona de abundantes pastizales aprovechada por los vaqueiros de alzada en la trashumancia de sus ganados. Una forma de vida muy parecida a los pasiegos de Cantabria.

Cuando llega el verano parte de la familia se traslada a las montañas con su ganado y todo lo necesario para pasar el verano en las cabañas, incluso se llevan las gallinas. Para transportar las pertenencias se valen de unos caballos llamados Asturcones, de poca alzada, resistentes y nobles.

Pedro, el de la casona, no tenía chicos, pero tenía dos hijas buenas vaqueiras y curtidas en la braña, y confiaba en ellas porque se desenvolvían con aplomo en cualquier circunstancia.

El preparativo era el habitual para la trashumancia: vacas, ovejas, un buen perro. El ajuar lo preparaba su madre, las gallinas que les convenía llevar, la gallina pedresa, la del pescuezo pelado y algunas más que eran muy ponedoras; les acompañaba su padre para dejar las cosas en orden. Y se quedaba un par de días para comprobar qué conocidos subían a las cabañas. Casi siempre era gente joven que se conocía de otros años, y todos ellos querían entrevistarse con Valeriano, un señor mayor, que subía todos los años desde que su hijo tuvo un accidente domando un caballo y ya no quiso volver a subir de vaqueiro; se fue a la mina.

Valeriano era como un padre para los jóvenes. Estaba muy agradecido por lo bien que se portaron todos con su hijo cuando tuvo el accidente. En él confiaban los más jóvenes, era a quien recurrían en alguna emergencia; si se caía una vaca en alguna sima o se despeñaba en algún barranco. Él siempre sabía qué hacer. Los vaqueiros son gente muy unida, se ayudan todos. Las mozas tienen experiencia en el monte, siempre llevan un bonito cuchillo enfundado en la cintura; se los fabricaba el herrero del pueblo, y además, es una arma disuasoria por si subía algún vaqueiro nuevo y se confundía.

Los sábados organizaban una pequeña fiesta en la cabaña de Pedro, el de la casona. De eso se encargaba Santa, la hija mayor, que es muy organizada y cocina bien, los amigos la conocían por la Santina. Algún sábado hacían alguna cena con un buen queso que ellos hacían y algún conejo que los mozos robaban de algún gallinero cuando bajaban al pueblo por víveres, o alguna liebre que cogían con trampas, y si no había más, le tocaba el turno a alguna gallina. Así que uno de los días que subió la madre de Santina a subirles comida les preguntó:

- ¿La gallina pedresa?, no la veo.
- Ah, esa murióse, y el gallo tiene tos.
- ¿No me dirás que la tos del gallo es una promesa de cazuela?
- No, madre, no se preocupe tanto por un gallo, que esos no ponen.

Otros sábados se hacía baile. El novio de Santina tocaba la gaita y alguna moza la pandereta. De todo un verano en la braña a veces surgían amoríos y hasta algún hijo no deseado, al cual las cotillas del pueblo lo llamarían el “hijo bardaliego” de fulana. Aunque la pareja hubiese formado matrimonio nunca le borraban esa mancha. Bardaliegos les llamaban porque suponían que sería el resultado de los revolcones al resguardo de algún bardal.

Paqui, una de las vaqueiras que tenía un novio vaqueiro, bajó en estado así que se casaron lo

más rápido que pudieron. Cuando nació el niño una vecina comentaba: “Paqui ha tenido un guaje bardaliego”.

Su tía le dijo que no era bardaliego. Que fue sietemesino. “Tú eres algo inocente, es bardaliego no lo niegues– y empezó a hacer cuentas con los dedos–, ¿ves cómo sale? Me da igual que sea bardaliego que jardinero, es un guaje precioso”.

El último verano las mozas de la braña se empezaron a preocupar porque subió un vaqueiro nuevo que no conocía las normas y empezó a perseguir alguna moza, como el día que se metió con una en la fuente del chorro, pero lo único que probó fue el cuchillo del herrero y volvió con un corte en la mano.

Pero eso no le bastó, en la cabaña de la Santina habían improvisado una ducha en la planta baja. En la cocina calentaban una caldera con agua y con una manguera muy ingeniosa y la ayuda de una amiga se duchaban. El nuevo, a quien le llamaron Holofernes, se enteró de la ducha y se acercaba a fisgar. Tenían que montar guardia acompañadas del perro que siempre ladraba cuando se acercaba y se le erizaba el pelo, así que ante aquel panorama se iba.

Holofernes era fanfarrón: un día dijo que la Santina estaba muy buena, que tenía que hacerle un bardaliego.

Aquello en la braña sentó mal, entre todos planearon que lo mejor sería tenderle una trampa. El novio de Santina dijo que él se encargaba, que correría la noticia de que Santina se había dislocado un pie. Valeriano colaboró, dijo que él le puso una tablilla con un vendaje y mejor que estuviera en cama unos días.

Cuando se enteró Holofernes, comentó: “Pobre chavala, ya pasaré para hacerle una visita”. Así que prepararon la trampa: quitaron unas tablas en el paso de la habitación de Santina y con una alfombra y unas varas lo disimularon, lo tenían controlado. Cuando se percataron de que venía Holofernes, el novio de la Santina se escondió, y su hermana hizo ver que se iba a la fuente con ropa para lavar. Entonces, Holofernes se acercó a la puerta de la casa y dijo:

- ¡Santina!, ¿dónde estás que no te veo?
- Pues en la cama, ¿dónde quieres que esté? Si no puedo caminar.

El novio lo esperaba detrás de la puerta de la habitación con una estaca por si fallaba la trampa. Holofernes miró para los lados para percatarse de que no había nadie, y se fue rápido a la habitación y al pisar en la alfombra que cubría la trampa, cayó a la cuadra. Santina se asomó al hueco y le dijo: ¡Querías agujero, pues ya lo encontraste!

Cayó con tan mala suerte que se rompió una pierna y un caballo que estaba en la cuadra se asustó y le dio una patada que le rompió la clavícula. Ante aquel accidente, que fue más grave que lo que habían calculado, rápidamente se organizaron para llevarlo al pueblo para que lo viera el médico.

Entre todos lo pusieron lo más cómodo que pudieron a lomos del caballo que le dio la patada y lo bajaron al pueblo. Por el camino les pidió que no contasen cómo había sido el accidente, y le dijeron que si prometía respetar las normas de los vaqueiros, dirían que se cayó persiguiendo un tejón en las quebradas.

Así sellaron un pacto que pensaba cumplir el año siguiente si le aceptaban en la braña.

José Manuel Rodríguez

Me aprietas la mano

Y allí estábamos las tres, habían pasado diez años de la partida del padre y esposo, la herida fue y es tan dura de asumir que ninguna quería dejarlo marchar. Intentábamos seguir viviendo instantes ya vividos, réplicas y lugares visitados, por eso acudíamos a este restaurante italiano que tan buenos recuerdos nos traía, a la vez que nos envolvía una pesada nostalgia.

Cada una se aferraba a algún objeto personal y representativo, la mayor había colocado en su muñeca el reloj de su papá, la pequeña se quejaba de su diminuta muñeca y decía “cuando sea mayor me lo pasas”. Así que cogió una foto en la que él la sostenía entre sus brazos y nos dijo: “La voy a poner en la habitación, la miraré todas las noches antes de dormir y así no se me olvidará la cara de papá”.

Cada mañana era un logro poner el pie en el suelo, disimular las ojeras dejadas por las lágrimas y dibujar una sonrisa para mis preciosas hijas. Sentía que él me acompañaba, me infundía el aliento necesario para no caer en la desesperación, seguro que tenía el propósito de permanecer un tiempo en el mismo plano mientras yo encontraba la aceptación, el equilibrio y un nuevo camino.

Hace unos años veníamos mucho a este restaurante, a esta misma mesa, esta misma mantelería, estos mismos cubiertos de plata, estas mismas copas de Murano, estas mismas sillas de color púrpura, pero no estábamos los mismos.

En ese momento la misma lámpara cayó estrepitosamente, se hizo un silencio, pero las tres sabíamos que no se trataba de un fallo de anclaje, era sin lugar a dudas una nueva llamada, un toque de atención, esta vez ruidoso y en público de él, que nos tiraba de las orejas.

Antes de explicaros quién era y qué nos pedía, os diré que los demás comensales de mesas contiguas se sobresaltaron secuencialmente, un grupo de amigas se abanicaban unas a otras, solicitando un vaso de agua al pobre camarero que se había quedado tan pálido como su camisa, a la izquierda una pareja que sin duda estaban siendo infieles, se decían subiendo cada vez más el tono “ves, no era buena idea vernos en público, hay ojos por todas partes, seguro que hacen fotos y nos sacan en los sucesos locales”.

A la derecha una familia con dos niños pequeños que aplaudían y se acercaban para inspeccionar los cristales y cascotes esparcidos por el suelo, al mismo tiempo que su mamá les frenaba diciendo, no, no, cuidado apartaos, que no es una piñata.

Así fueron pasando los días, los meses, aferrándome más a él, su ausencia no me dejaba respirar. Me daba cuenta de que tenía que despedirme y dejarle marchar, pero cada intento se convertía en fracaso, no quería quedarme sola, le necesitaba, le añoraba, le amaba, ¿con quién compartiría mis dudas, mis miedos? Temía equivocarme, no estar a la altura en la educación de nuestras hijas.

Él también supo que hacerse tan presente me dañaba, así que empezó a mandarnos mensajes. Una vez visitando a un pariente en la residencia me dijo: “¿Por qué vienes hoy acompañada? Tu marido tiene un viaje importante y le has hecho acompañarte”. Enseguida me di cuenta de que las palabras no salían de la comprensión del anciano, sino más bien era el transmisor de una nueva petición: “vive tú, deja que parta y vivirá en vosotras para siempre”.

En otra ocasión acompañé a una amiga a una tarotista y al abrirnos la puerta nos dijo, erais dos a las que esperaba y dirigiéndome su mirada me dijo, tú vienes de la mano de un caballero que sonriendo y señalando su reloj me dice que tiene que partir, pero que le aprietas la mano y no le sueltas.

Otro símbolo de unión eran las alianzas, no solo me las coloqué juntas en el dedo, sino que mandé ponerles un punto de soldadura y añadir así una atadura tan irreal como perjudicial. Esta vez la reacción fue física y lo que en catorce años no me había producido alergia alguna, se convirtió en un dedo en carne viva. Vencida por la evidencia del aviso las guardé en un cofrecito en el que permanecen hasta el día de hoy, volviendo la piel a recuperar su color y textura.

En cuanto a las niñas, vivían sus propios vacíos y ausencias y de igual manera recibieron un mensaje. Como he contado antes, el reloj que llevaba la mayor era sagrado, no lo perdía de vista. Pero un día se paró, pensamos que sería la pila, pero no, necesitaba una reparación y así comenzó una cadena de extraños sucesos.

El relojero se lo dio al viajante, éste lo guardó en su maletín, que a su vez lo metió en el coche, mientras lo transportaba sufrió un accidente. Varios vehículos chocaron y entre gritos, desconcierto alguno de aquellos samaritanos se apropió del maletín y del reloj nunca más se supo ¿casualidad? No creo, eso sí, el seguro se hizo cargo y le dio otro de similares características.

Volviendo al desplome de la lámpara, supe que había llegado el momento de soltarle la mano y despedirnos. A la mañana siguiente nos pusimos en marcha, era un 3 de marzo del 2003, aparcamos, seguimos a pie un corto sendero, aquel árbol, aquellas mesas de piedra, restos del paso de un rebaño, este era el lugar, nos cogimos de las manos, lloramos, recordamos, le leímos una carta mientras devolvíamos sus cenizas a la naturaleza. Sentí que algo me rozó la mejilla, ¿quizás un beso de despedida?

Hoy su luz nos dirige.

Los veranos de mi infancia

De pequeño me encantaba ir cada verano a casa del abuelo Tomás. Cuando terminaba el cole, mi madre preparaba las maletas y dejaba nuestra casa cerrada durante todo el verano. Mi hermano mayor, Toni, y yo esperábamos con ansia la llegada del primer día de vacaciones que era cuando dejábamos Madrid para ir al pueblo.

Recuerdo perfectamente cómo el abuelo salía a buscarnos a la entrada de la parcela de la casa, abría la verja y nos estrujaba entre sus brazos mientras mi madre metía el destartado Renault 8 en el terreno. Cuando bajaba mi madre del coche, el abuelo siempre le decía: ¿Qué tal tesoro? y le daba dos sonoros besos. Tras esta cálida bienvenida, deshacíamos las maletas e íbamos a buscar a nuestros amigos mientras el abuelo y “su tesoro” se ponían al día.

Yo nunca tuve problemas para relacionarme con nadie, y mucho menos con los chicos del pueblo. Lo pasábamos en grande jugando en la bolera, haciendo guerras de boñigas de vaca o escapándonos por las noches para ver las estrellas; sin embargo, a mí también me gustaba escaparme solo. Mi sitio favorito para disfrutar en soledad era un alejado pozo que nos enseñó el abuelo cuando yo tenía diez años. Éste se encontraba en un descampado situado a quince minutos de casa y donde antaño solían ir los niños a jugar. A Toni no le gustó nada aquel viejo pozo que ya no daba agua y que según él, olía tan mal: nunca más volvió. A mí, desde el principio, aquel lugar me pareció mágico y día tras día caminaba hasta allí para vivir aventuras que sólo yo creía conocer.

Una tarde a la hora de la siesta, mientras intentaba fabricar un sistema de polea con una cuerda y un listón de madera, escuché una voz que procedía del pozo. Me asomé y no vi nada. Pasados unos minutos, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, creí atisbar un brillo en el fondo del pozo. En ese instante volví a escuchar de nuevo la voz.

— Pablo, hace días que nos visitas y eres el único que lo hace. Necesitamos que nos ayudes.

— ¿Quién eres y qué haces en el fondo del pozo?

— Por favor, necesitamos que nos traigas comida para crecer, somos muy pequeños y si no ingerimos nada en las próximas horas moriremos sin haber vivido apenas.

— ¿Y qué os gusta comer?

— Tráenos agua y migas de pan. Eso será suficiente.

— Vale. Os ayudaré.

Recogí la cuerda y el listón de madera y caminé hacia casa mientras mi cabeza daba vueltas a lo que acababa de vivir. En un principio se lo quise contar al abuelo, pero pensé que no se lo tomaría en serio así que lo mantuve en secreto. Con la ayuda de unas cuantas herramientas que el abuelo guardaba en el cobertizo del jardín terminé el invento de la polea, y tras pasar por la cocina para coger unos chuscos de pan y una cantimplora, volví al pozo.

— Ya estoy aquí.

— Pablo, tíranos lo que hayas traído, por favor.

— No, primero os quiero ver. Voy a lanzar una cuerda con una madera para subiros. Si sois tan pequeños como decís, no me costará tirar de vosotros.

— Pablo, si nos ves, no querrás ayudarnos.

— ¡Allá va! —dije mientras lanzaba el invento recién creado.

Comencé a tirar de la cuerda sin apenas hacer fuerza, y pronto tuve el listón de madera delante de mis ojos. Aquella voz que me había hablado pertenecía a una especie de masa o moco que me recordó a los dibujos de los anuncios de los anticatarrales cuando muestran a los espantosos virus. Eran dos “cosas” deformes, endebles, sin piernas, ni brazos, ni boca, ni ojos. No había visto algo tan horroroso en mi vida.

— Pablo, sabemos que somos muy feos, pero es que hemos nacido hace unos días y todavía no estamos desarrollados del todo. Nos hacemos llamar los *Píar*, y nosotros dos somos los guardas de nuestro pueblo.

— Pero... ¿qué sois?, ¿de dónde venís?

— Hace un par de semanas hubo una gran tormenta y llovió mucho, tanto, que el pozo se desbordó, y nosotros nos creamos a partir de esa agua mezclada con la hierba que ahora mismo pisas. No sabemos cuál será nuestra anatomía definitiva y de momento, sólo sabemos que necesitamos comer para evolucionar a otro organismo más desarrollado.

— ¿Y cuántos sois ahí abajo?

— Somos once *Píar*.

— Tomad estos trozos de pan, la cantimplora, y bajádselo a vuestros compañeros. Mañana regresaré a veros.

— Muchísimas gracias, Pablo.

Aquella noche no pude pegar ojo porque la imagen de aquellas dos formas me venía a la cabeza constantemente y me despertaba cada hora envuelto en sudor. Al levantarme pensé que lo soñado había sido una pesadilla, y por eso decidí volver al pozo. Al llegar, vi el sistema de la polea y me di cuenta de que aquello había sucedido y lo había vivido de verdad.

Durante unos minutos me quedé pensando si debía seguir ayudándoles o debía olvidarme de todo y regresar a la bolera a jugar con mis amigos. No fue una decisión fácil ya que mi cabeza me decía que todo aquello era muy raro, pero mi corazón no podía evitar sentir lástima por aquellos insignificantes seres.

— Si no les ayudo yo, ¿quién lo hará? —pensé.

Desde ese día, cada tarde acudía al pozo con comida y charlaba con los *Píar*. Era increíble ver cómo crecían y cambiaban día tras día; para el final del verano eran unos pequeños seres con ojos y boca que caminaban a saltitos. La verdad es que lo pasaba genial con ellos. Me contaban que en el fondo del pozo estaban montando sus propias casitas con las ramas, hojas y tierra que yo les daba. El abuelo me preguntaba qué hacía todas las tardes, y yo le contestaba que jugar solo, a mi rollo. Él me miraba con ternura, con ojos que decían: “Pablo, puedes contarme la verdad, yo te comprendo”, pero... ¿cómo iba a hablarle de los *Píar*? ¡No me creería!

Como siempre sucede, todo lo bueno tiene que acabar, y aquel verano también terminó. El día que fui a despedirme de los *Píar*, les llevé provisiones para todo el año y les dije que volvería el siguiente verano.

Pasados los nueve meses de colegio, volvimos al pueblo a ver al abuelo y me reencontré con mis amigos *Píar*. Habían crecido muchísimo y les había salido tres piernas con las que se movían muy rápido. Ellos me dijeron que me habían echado de menos, que sin mí se sentían muy solos y abandonados. Al igual que el año anterior, cada tarde regresaba a donde ellos y hablábamos y jugábamos. Fue

un verano genial y llegado el momento de la despedida, lloré, no quería dejarles solos, pero no tenía otra opción.

— Os veré el próximo verano –les dije.

Cuando terminó el curso y nos dieron las vacaciones, regresamos al pueblo, y como el año anterior, fui corriendo a reencontrarme con los *Píar*. Sin embargo, al llegar al descampado, no los vi, no estaban, habían desaparecido. La hierba de alrededor del pozo estaba seca y la tierra árida podía ser la causante de la desaparición de los *Píar*. Quizás la falta de lluvia de la primavera les había obligado a migrar a otro lugar.

Con lágrimas en los ojos salí a buscar al abuelo.

— Abuelo, ¿qué has hecho en el pozo?, ¿qué ha pasado? ¡Han desaparecido!

— Pablo, cariño, yo no he hecho nada, has sido tú. Has crecido y te has hecho mayor.

Suripanta

He vuelto a Barcelona y, al acercarme al puerto, he recordado aquel día que caminando por las calles del Paralelo pasamos por la pequeña plaza en la que había un edificio solitario, en cuya fachada destacaba la reproducción de un molino blanco, con unas grandes aspas de colores oscuros. El resto de la fachada era de color rojo, casi granate, muy vivo, a pesar de que el local se veía que estaba cerrado desde hacía algún tiempo. Siempre tuve a mi padre por hombre serio, poco dado a frecuentar lugares de dudosa moralidad.

Era verano, los dos llevábamos camisa blanca de manga corta. Nos dirigíamos al rompeolas para contemplar el mar abierto y los barcos de gran calado que no podían entrar en el puerto y fondeaban fuera de él. Con suerte quizá hubiese un portaviones de la VI Flota americana. Conocía el recorrido ya que lo repetíamos con alguna frecuencia. La silueta del lúgubre Castillo de Montjuic nos acompañaba desde lo alto de la montaña, como el mascarón de un buque siniestro.

Una vez más, mi padre hablaría, como si fuese para él mismo, de los fusilamientos que se produjeron en sus fosos, no dejando de mencionar el del presidente Lluís Companys. En la estrecha carretera que lleva al final del rompeolas, sostenida por unos enormes cubos de piedra a cada lado, entonces como en la actualidad, los pescadores esperaban pacientes al pez engañado, mientras los más jóvenes perseguían los cangrejos entre las rocas. Con suerte, mi padre se tomaría un cortado y a mí me invitaría a una gaseosa en el bar que se halla al final del paseo. Iba quedando atrás la placita con el edificio rojo y el molino, cuando mi padre me sorprendió preguntándome:

- ¿Has oído hablar de Fuencisla Suripanta?
- Negué con la cabeza y mostré un gesto de extrañeza.
- Pues te voy a contar su historia.

Y, sin dejar de caminar a buen paso, comenzó su relato:

Fuencisla había nacido en un pequeño pueblo perdido en la meseta, de pocos habitantes, calles polvorientas y casas de barro, por las que perros, gatos y gallinas corrían entremezclados. No era nada fea y le gustaba cantar, lo que no era muy habitual en aquella tierra austera. Tenía una voz potente. Cantaba con una fuerza enorme, pero carecía de oído y del mínimo sentido musical. Ante las nulas posibilidades que ofrecía en aquel villorrio, pudo convencer a sus padres para que le dejaran probar suerte en una gran ciudad. Unos parientes lejanos que se habían trasladado a Barcelona unos años antes, empujados por el hambre, le ofrecieron alojamiento y un pequeño cuchitril, sin ventana al exterior, en el que podría dormir hasta que encontrase algo mejor. A los pocos días de su llegada, su tío le preguntó cómo pensaba ayudar a su mantenimiento y al de la casa. Sin pensarlo un momento, respondió que cantaba muy bien y le gustaría ser artista. Sorprendido, su tío se dio media vuelta sin contestarle. No había transcurrido una semana cuando le dijo: “Toma unas cuantas claras de huevo, prepara bien alguna canción y arregla el mejor vestido que tengas. Te he conseguido una prueba para dentro de tres días, en un teatro de gran renombre”.

Fuencisla no pudo pegar ojo la noche anterior a la prueba. Se levantó con el primer rayo de sol y, después de lavarse lo mejor que pudo en un barreño, se puso el vestido que había estrenado en la última Fiesta Mayor. Sentada en una silla del pequeño comedor, esperó que su tío le llamase para marchar.

La prueba resultó tan mal como era de esperar. Sin embargo, sentados en la platea del teatro, estaban las dos figuras de relumbrón de entonces, Paca la Maña y Johnson Carlsson (de Aranjuez a pesar del nombre) contemplando las actuaciones de los nuevos posibles artistas. El maestro pianista y Gas, el director, así como todos los presentes en el local, quedaron ensordecidos por el atronador vozarrón de la muchacha. Cuando Gas ya estaba a punto de decirle que se podía ir, que si acaso ya le avisarían, se le acercaron Johnson y la Maña y le pidieron que la contratase. Les había gustado la forma espontánea de moverse y bailar. Vieron que, dedicando tiempo y esfuerzo a educarla musicalmente, podrían hacer de Fuenciscla una artista aceptable. Gas hizo caso a sus vedettes y la contrató con una paga mínima. Empezaría como figurante en el conjunto de chicas que –siguió diciéndome mi padre– bailaban y daban vueltas con muy poca ropa; si es menester, con ninguna. Además, se les exigía desparpajo y gran agilidad mental, para responder a las imprecaciones y voces que el público, con ganas de juerga y pasarlo bien, dedicaba a los artistas en cada función.

Con el tiempo fue cada vez vocalizando mejor, gritando menos y adquiriendo entonación musical. Poco a poco subió en el escalafón de los programas que se repartían en toda la ciudad, en el que venían impresos los nombres de los artistas y los diferentes números que representaban en el local que acabamos de dejar atrás. Fue entonces cuando pasó a ser la tercera gran protagonista detrás de las dos figuras, con el nombre por el que ya siempre se la conoció. Se lo puso su novio, un marinero que había pasado en Cuba buena parte de su vida.

— Entonces... ¿Suripanta no es su apellido? -pregunté.

— ¡Qué va, hombre! Este fue su nombre artístico. Su verdadero apellido nadie lo recuerda. En algún sitio quizá se guarde memoria de él. Fuenciscla sí era su nombre de pila, aunque para todos fue para siempre: “*Suripanta, la que mejor canta*”.

— Y ahora, ¿Qué hace? ¿Vive todavía?

— No, no. Murió hace algunos años.

Debí hacer un gesto de disgusto al escucharle, pues siguió diciéndome: Suripanta fue muy feliz; a su manera, claro. Llevó a muchos hombres de cabeza. Ricos y poderosos, no te creas. Tuvo dinero, pisos, joyas. Comió y bebió en los mejores restaurantes de todo el mundo. Un Maharajá indio estuvo a sus pies durante mucho tiempo. Le propuso matrimonio repetidas veces y le colmó de regalos y enormes diamantes. Pudo ser princesa y vivir para siempre en la mayor opulencia. Más o menos como “La Bella Otero”. Habrás oído hablar de ella. ¿No?, preguntó. Otro día te contaré su historia. Bien. Fuenciscla rechazó al Maharajá y a un sinfín de pretendientes que le hicieron propuestas similares. Por amor a su profesión y a Dionisio Pendasco, el marinero cubano, que estuvo siempre a su lado. “¡Sigue! ¡Sigue!”, le dije.

Como nos pasa a todos, Suripanta envejeció. Sufrió algunas de las enfermedades que adquieren las mujeres que frecuentan muchos hombres. Otro día te hablo de ésto, recuérdamelo. Salió siempre adelante, gracias a la penicilina y otros antibióticos que le traían del extranjero. Hasta que de la última infección que cogió ya no pudo salir. Su nombre había ido bajando en el escalafón de los programas, pero estuvo trabajando aquí, en este local, en el que siempre permaneció, hasta poco antes de morir. Lo de “*Suripanta, la que mejor canta*” había sido eliminado hacía tiempo debajo de su nombre. Mi padre notó que la historia que acababa de contarme me había dejado impresionado.

— ¿Quieres que vayamos a verla? –me dijo de repente.

Y sin esperar respuesta, cerca de la Torre San Sebastián, se dio la vuelta y al paso rápido que le era habitual y que me obligaba a correr más que a caminar, emprendió la subida hacia Miramar. Allí se detuvo unos minutos para que pudiese recuperar aliento y contemplar la vista sobre el puerto y el monumento

a Colón. Pronto emprendimos de nuevo la marcha, hasta llegar al cementerio después de una buena caminata. Había estado allí unos meses antes para visitar los monumentos funerarios de Companys, Macià, Cambó y otros hombres ilustres. Pero esta vez seguimos andando por un dédalo de caminos hasta que se detuvo en una tumba grande, de mármol gris oscuro, casi negro, elevada medio metro del suelo y con una inscripción escrita con letras doradas: *“Aquí descansa Suripanta, la que mejor canta”*. En la cabecera del monumento, más elevada, la cabeza en mármol blanco de una mujer joven y muy bella.

— ¿Ves estas flores? —preguntó mi padre—. No faltan nunca. Se llaman agapantos; seguro que nunca las habías visto. Aquí son muy difíciles de encontrar. Son más propias de países del Caribe. Una florista de las Ramblas, cada sábado, tiene siempre un ramo a punto de estas flores para un cliente muy especial que luego las deja en la lápida, debajo de su nombre.

Al volver a casa para comer, viéndome agotado y circunspecto por lo mucho que habíamos caminado y por la fuerte impresión que me había dejado la historia de Suripanta, decidió que tomaríamos el autobús que nos acercaba a nuestro barrio.

Nunc et semper

Hoy, 20 de marzo del año 2013, lágrimas nuevas inundan mis ojos. Encuentro palabras perdidas tras contemplar en el Museo restos de varios acicates medievales, resguardados del tiempo y el olvido. He reconocido los míos nada más verlos. Y conservan parte de ese dorado al fuego que se reservaba para los acicates de los recién armados caballero: una amalgama de oro mezclada con mercurio que se untaba sobre el hierro y que, al calentarse, dejaba sobre la pieza una capa del más preciado de los metales.

Hace años, me esforcé mucho hasta lograr montar un caballo llamado *Quorum*. Ese caballo tenía un alma indómita y una nobleza que lo hacían único. No había en la caballeriza otro más leal, y quizás nunca hubo uno tan fuerte. Llegó un momento en el que *Quorum* intuía mis deseos sin rozarlo apenas. Ambos éramos de fuego, y la suya era una piel negra que yo mismo secaba de sudor al volver al castillo. Deseaba acariciar con esas mismas manos el perfume de una mujer. Pero realmente mis caricias pertenecían tanto a mi caballo como a la tupida melena oscura y los ojos llenos de vida de una dama a la que no sabía cómo llegar; y que cada vez que nos visitaba en alguno de sus viajes volvía, si cabe, más entera.

Recuerdo haber recibido lecciones de laúd de un extranjero de piel aceitunada que, por poco más que un plato de comida, se esmeraba en transmitirme algo de su indudable luz. Yo anhelaba una corporeidad para mis palabras tan tangible como su música, pues podía ver tesoros en sus ojos cuando tañía su instrumento. Me sentía realmente pobre intentando aprehender una honda belleza que apenas intuía.

A principios del siglo XIII yo era joven, y llegó el día en que me armaron caballero. Recibí una armadura completa y un blasón. Cambié mis viejos acicates por otros nuevos. Oré toda una noche y, cuando al alba, mi mentor me tocó en el hombro con el canto de un mandoble, me convertí en quien realmente era a los ojos de los demás: el hijo de un noble que defendería con las armas sus tierras y posesiones.

Completamente armado, fui hasta *Quorum* y lo acaricié con mi frío guante de hierro. Quería que se acostumbrara a mi nuevo cuerpo y abracé largamente su cuello. Después me quité el yelmo para sentir su aliento en la cara. Tras ensillarlo, lo cabalgué hasta el límite de nuestras tierras. Y mientras *Quorum*, exhausto, bebía del río, yo comprendí que lo que realmente vale la pena tiene dos naturalezas distintas: una es infinita e ignora sus límites; la otra se sabe mortal y está ansiosa de eternidad. En los ojos de mi dama se fundían ambas.

En tres días comenzaría la primavera. En dos, tomaría parte en mi primera batalla. Sabía que si cortaba unas rosas para mi dama, éstas se sumarían a las muchas que ya había recibido. Tenía que acercarme a ella de otro modo. De vuelta al castillo, me armé de valor y con estas palabras interrumpí su lectura: “Antes de que terminéis ese libro, os entregaré una carta de amor.” El extranjero siguió tañendo su laúd mientras ella sopesaba mis palabras. Un instante después, cerrando suavemente su libro me entregó un pergamino. “Tinta no os ha de faltar”, me dijo.

Me había dado una prenda, suave como el mejor augurio, y la rocé con mis mejillas y labios. Pero tuve miedo de que algo tan valioso cayera en otras manos si yo perecía en combate, por lo que mientras las tropas se reunían en el patio del castillo para partir, entré en el oratorio e hice arder ese trozo de piel en una vela que no se apaga nunca. El músico extranjero me vio hacerlo, y creo que entendió que en mi ritual había algo de funeral y de boda, por ese orden; con la única palabra que oí jamás de su boca, él lo transformó también en algo tan sagrado como un bautizo: pronunció “Fénix”, como si su sonido fuera el

del más pesado de los metales y, pese a ello, pudiera volar. Yo asentí, y entonces él me dedicó un gesto de una rara elocuencia. Se llevó una mano al corazón, luego a los labios y a la frente, e inclinando la cabeza me ofreció sus dedos. Tras corresponderle, me uní a las tropas con una calma extraña en alguien que se dirige a su bautismo de sangre, sabiendo que muchos no viven ni un día más.

Lo primero que llegó a mí del campo de batalla fue una niebla baja que inundaba el valle, cargada de gritos y estruendo. Cuando me tocó entrar en combate, como en una primavera macabra, la tierra estaba cubierta de cuerpos destrozados pero, por mi honor, hundí los acicates en *Quorum* y me dirigí a lo más reñido de la pelea. Después, un fuerte golpe me tiró del caballo. No sentí dolor al tocar tierra. Supongo que mis ojos se cerraron antes.

Algo queda de la felicidad de entonces al descubrirme capaz de mirar al pasado y al futuro al mismo tiempo. Yo era joven hace 700 años. Lo soy en este instante. Debo escribir una carta y las palabras se me agolpan, doradas al fuego. Pues, si de mi armadura perduraron los acicates, descubro que de mi corazón no se ha perdido nada. Quizás ella espera todavía una carta; me niego a escribirle una que sea de despedida.

Solamente dos palabras

Aquel era un día como otro cualquiera. A las ocho de la mañana Eloísa salía de casa para acudir al trabajo. Fran, su marido, se quedaba en la cama ya que había trabajado esa noche, pero lo que ella no sabía era que él estaba despierto esperando a que saliese por la puerta para hacer un difícil trabajo, el más duro de realizar, aún más que los cincuenta grados que soportaba a diario y que los noventa kilos de cada pieza que levantaba cada hora. No sabía si estaba preparado para ello pero llevaba varios días pensándolo y tenía que hacerlo, hoy era el día.

A las once de la mañana, hora del café o más bien de una excusa para desconectar de los clientes, Eloísa aprovecha, como todos los días, para hacer una llamada telefónica:

- ¿Qué tal hoy?
- Muy bien, tengo muchas ganas de verte ya.
- Nos vemos para comer, acuérdate.
- ¿En el sitio de siempre?

Cuelga sin contestar, al observar que un compañero se acerca, al otro lado del teléfono una voz masculina da por zanjada la conversación y sigue su mañana en la oficina. Eloísa termina el cappuccino acompañada por Alberto, al cual la verdad no presta mucha atención, ya que está deseando que pase rápida la mañana.

En casa de Eloísa se presagia lo peor. Fran encuentra demasiadas pruebas para asimilarlas todas de golpe. Sale encolerizado por la puerta, baja a trompicones las escaleras hasta llegar al coche, lo pone en marcha y conduce sin rumbo fijo.

Sus recuerdos acelerados le llevan hasta una tarde de hace un año más o menos: grupo de amigos, música, tertulia, quizás demasiada gente. Estamos celebrando la despedida de Miguel, el muy bribón ha encontrado trabajo en Finlandia y en dos días cogerá rumbo hacia su nueva vida. Todos hablan, ríen, chillan incluso, de fondo suena “solamente tú” de Pablo Alborán, yo estoy absorto con mi vaso de vino en la mano y de repente pienso, ¿Y Eloísa? ¿Dónde se ha metido? Le encanta esta canción. Alguien me está llamando por lo que me hace despertar de mi letargo, después de mirar quién ha sido y no encontrarlo decido ir al baño. Por el camino veo la silueta de Eloísa; está en la habitación de invitados con alguien, saca de su bolsillo un papel doblado en ocho y al oír pasos cerca, guarda el papel apresuradamente en el cajón de la cómoda donde está apoyada; no le doy importancia, está charlando con Jaime, mi hermano pequeño, aunque me saca veinte centímetros de estatura; le agarro por la cintura y le doy un beso en la mejilla. Salgo de la habitación detrás de ella. Jaime se queda solo. Toma el papel que puso ella en el cajón y, después de leerlo rápidamente, sale hacia el salón. Hoy, al descubrir todas las pruebas que han destapado el engaño, me doy cuenta de que mi subconsciente recuerda el ruido del cajón y una sonrisa nerviosa de mi mujer, pero en aquel momento, iluso de mí...

Y sin embargo ahora todo está claro, todas las piezas encajan, desde que la semana pasada en casa de mi hermano, esperando en el salón mientras éste se duchaba, encontré sin saberlo la clave del engaño al llevarme prestado un libro que me había llamado bastante la atención: “Todos los secretos sobre el amor y la sexualidad”. Mientras lo tenía entre mis manos pensaba en cuántas veces le había dicho que tenía que buscar pareja, que ya era hora de asentar la cabeza. Pero mi visión cambiaría al llegar a mi casa

y encontrar una nota, bien doblada, bien guardada y con la marca inconfundible de Eloísa, un trébol de cuatro hojas diminuto, el cual dibuja siempre cuando quiere dar importancia a algo. No daba crédito a lo que veía, todavía ahora me cuesta reconocer lo que es evidente.

Sin encontrar todavía el rumbo, sigo pensando que todo este tiempo he dejado de dar importancia a un montón de cosas que en realidad sí la tenían, por miedo o por dolor, pero lo que un día no quise ver hoy ha llegado hasta mis manos. Conecto el bluetooth y busco el contacto que indica Jaime. Comienza a llamar y al otro lado escucho la voz de mi hermano. Le digo que tengo que verle que es muy urgente. Quedamos en el mirador de Alancos, un lugar tranquilo, solitario, con buenas vistas, desde ese punto se contempla toda la ciudad, la verdad que no es el lugar más apropiado para los que sufren de miedo a las alturas.

Sigo conduciendo el coche mientras busco otro contacto en el bluetooth: Eloísa, ella se extraña que no esté durmiendo, por lo que le explico que necesito verla, que tengo una sorpresa y, sin darle más explicaciones, le cito en el mismo lugar pero diez minutos antes que a Jaime.

Estoy decidido, llegó el momento, los mensajes, e-mails, las llamadas, y esa nota, ¿Por qué cogería ese libro prestado? ¿Por qué con Jaime? Me estoy volviendo loco. Qué dolor pueden provocar esas dos palabras.

Ella llega al lugar del encuentro y entra en el coche, me saluda con un beso y una sonrisa. No hablo y ella se percata de que algo sucede, antes de lo previsto llega Jaime, y monta en el coche. Yo cierro todas las puertas con el cierre centralizado y saco una nota del bolsillo interior de la chaqueta. Eloísa empieza a temblar, cuelgo la nota del retrovisor interior y mientras mi mujer y mi hermano pueden leer: SOY TUYA, no saben lo que va a ocurrir, he puesto el coche en marcha y lo acelero tan bruscamente que parece que el motor va a romperse en dos. Eloísa y Jaime chillan y golpean las puertas, incluso me golpean a mí cuando se dan cuenta de que el final de su historia va a acabar con una vista increíble.

Hace un momento el sol brillaba, ahora sin embargo todo se ha vuelto gris en el interior de este coche que cae precipicio abajo.

Nunca caminarás solo

— Buenas tardes, señorito James –dijo el mayordomo entrando en la cocina por la puerta de servicio. Se quitó la chaqueta y la colgó del perchero–. ¿Le quedan muchos deberes por hacer todavía?

— No, Pomfries –respondió el muchacho mientras sacaba un cuaderno y un estuche de lápices de su cartera de colegial–. Sólo me falta un dibujo de los caballeros del rey Arturo.

El mayordomo se acercó hasta su mujer, Margaret, que estaba preparando sopa de verduras y un flan, y le dio un ligero beso en la mejilla.

— Ah, magnífico, realmente magnífico –dijo.

El joven levantó la vista tratando de vislumbrar en el semblante del mayordomo qué le parecía tan magnífico, si sus deberes o la cena, pero su cara era tan formal como siempre. Pomfries se acababa de sentar en el otro extremo de la mesa de madera, había sacado del bolsillo interior de su chaleco unas gafas y se disponía a leer el periódico. De algo más de cincuenta años, nariz larga, con entradas en la frente, patillas exageradamente largas y algo entrado en carnes, James, en sus diez años de vida, nunca le había oído decir una palabra más alta que otra ni comportarse de otra manera que no fuera la correcta. Sin embargo, sí que notaba que cuando se dirigía a él, Pomfries usaba un tono más cercano, más caluroso. Incluso cuando le tomaba el pelo. En contraste, la señora Pomfries, Margaret, era delgada y de piel muy blanca, lo que le daba una apariencia de fragilidad que sus movimientos enérgicos y su mandíbula recia se encargaban de contradecir. James los había conocido siempre en casa, habían entrado al servicio de la familia un poco antes de nacer él, justo cuando la familia se mudó a Londres. El hermano y la hermana de James eran mucho mayores que él y sus padres siempre estaban muy atareados con su intensa vida social, por lo que James pasaba mucho tiempo con los Pomfries. Les quería mucho y notaba que ellos a él también. Los Pomfries nunca le habían dado un beso o un abrazo, claro está, pero sí había notado un cálido sentimiento de preocupación cuando él estaba enfermo o había recibido una pequeña caricia en alguna ocasión especial, dándole ánimos. Por eso le encantaba hacer los deberes en el calor de la cocina junto a ellos, se sentía acompañado.

— Si ha terminado de mirarme, señorito James, quizás pueda empezar ya a dibujar el retrato del rey Arturo y sus caballeros –dijo el señor Pomfries sin levantar la vista del periódico.

— Sí, claro, ahora mismo.

— Gideon –intervino la señora Pomfries sin volverse de sus pucheros–, trata bien al señorito James. Siempre que vienes del pub te comportas con más libertad de la debida.

— Una vez más, tienes razón Margaret. Procuraré no olvidarlo.

— Ya lo ve, señorito James. Procurará no olvidarlo, como todas las semanas. En todo caso, no estaría de más que usted empezara ya con ese dibujo. Arturo y sus caballeros no se pintarán solos.

— Por supuesto, ahora mismo –repitió el joven.

Al cabo de unos minutos, James preguntó:

— ¿Cuántos caballeros tenía Arturo en su mesa?

— ¿Cuántos ha dibujado? –replicó el señor Pomfries.

— Siete, pero si son más no me cabrán.

— Bueno, por la mesa del rey Arturo pasaron muchos caballeros, sin duda. Pero los mejores de todos fueron los siete.

— ¿Y cómo se llamaban esos caballeros? ¿Lo sabe usted, Pomfries?

— Casualmente, sí, señorito James. Haga el favor de anotarlos, así no se le olvidarán –el muchacho fue apuntando un nombre a cada personaje del dibujo según el mayordomo le dictaba–: Rush, Shankly, Paisley, Fagan, Daglish, Keegan y Barnes. ¿Los ha cogido? Bien, es posible que en el colegio no

se lo exijan pero no estará de más que vaya familiarizándose con esos nombres. Fueron unos verdaderos héroes, excepcionales.

— Sí, señor Pomfries. Menos mal, creía que iban a tener nombres más raros. Mi amigo Tim dice que eran algo así como Lancelot, Galahad, Gawain y otros más extraños aún. Pero yo no me lo creo, nadie podría llamarse así, sus amigos se reirían de ellos.

— Y tiene usted mucha razón, señorito James. ¿Podría repetirme los nombres que le he dicho?

— Claro: Rush, Shankly, Paisley, Fagan, Dalglish, Keegan y Barnes.

— Eso es. ¿Sí, querida? ¿Querías decirnos algo?

— Es curioso que esos nombres coincidan con los de jugadores legendarios del Liverpool Football Club, ¿no crees, querido?

— No tiene nada de curioso, querida –respondió el mayordomo engolando ligeramente la voz–. No es más que una prueba más de que los nombres de los héroes ingleses perviven a través de la historia para hacernos vibrar con sus gestas heroicas una y otra vez.

— Y si tú, querido, fueras hincha del Arsenal, supongo que los nombres de los caballeros serían algo así como Seaman o Adams ¿no es así?

— La historia es la historia y no se puede jugar con ella –dijo solemnemente el señor Pomfries y volviéndose hacia James, le explicó, mirándole por encima de las gafas–. Hay gente que le dirá que esos nombres no son los verdaderos, pero no les haga caso. Son gente de corazón seco que buscan menospreciar las creencias del prójimo aún a costa de mostrar sus propias iniquidades, ¿entiende? –James dijo que sí con la cabeza aunque se le veía en la expresión que no lo había comprendido–. Esos nombres pueden que no sean exactos pero si no fueron caballeros del rey, sin duda merecerían serlo.

Desplegando de nuevo el periódico, siguió con su lectura. James cogió los lápices de colores de su mochila y empezó a colorear las figuras, mientras repetía en voz baja los nombres que Pomfries le había dictado.

Al cabo de un rato, volvió a preguntar:

— Pomfries, ¿usted sabe por qué la mesa del rey Arturo era redonda?

— Claro que sí, muchacho. Me alegra mucho que me haga esa pregunta –Pomfries ignoró la mirada inquisidora que su mujer le lanzaba, se quitó las gafas y dobló el periódico–. Hay gente que le dirá que es para simbolizar que todos los caballeros eran iguales en rango, sin distinción ni clase. Pamplinas. Escúcheme bien, le contaré la verdadera historia –James le miraba con los ojos abiertos, sin perderse ni una sola palabra–. El caso es que estaban estos siete caballeros junto con el rey Arturo sentados en una posada, compartiendo unas pintas de cerveza. Esta posada estaba situada en una carretera llamada Anfield...

— Como el estadio del Liverpool, casualmente –interrumpió la señora Pomfries.

— Sí, Margaret, como el estadio del Liverpool. Estas cosas pasan, la historia está llena de casualidades. Bueno, sigamos, los siete héroes y el rey estaban en una mesa rectangular, cuatro sentados con la espalda contra la pared y los otros cuatro de cara a ella. Entrechocaban sus vasos, hacían risas y cantaban abrazados alegres canciones de hombres.

— Como se sigue haciendo en el pub al que vas ¿no es así querido?

— Sí, querida, son tradiciones que hacen bueno al mundo. ¿Puedo proseguir? Gracias. Pues resultó que acertó a pasar por el lugar una cuadrilla, no, mejor dicho una pandilla de maleantes, provenientes de Manchester, comandados por un tal Ferguson. No eran criminales, no me entienda mal señorito James, eran gente brava que también habían demostrado su valor en el campo de batalla pero eran de esos que, si te descuidabas, te robaban hasta los calzones. Los de Manchester siempre han sido torcidos.

— Ahora sí que estamos hablando fútbol, ¿no es así, querido? –preguntó la señora Pomfries con una mirada divertida.

— No, querida. El señorito James es perfectamente capaz de distinguir entre la historia y el fútbol.

bol, ¿verdad?, –el muchacho asintió con fuerza–. Además, todo el mundo sabe que si entiendes el fútbol, es fácil entender la historia. Es lo que yo digo siempre. Bueno, el caso es que el rey Arturo, a través del ventanuco de la posada, vio pasar a unos bribones y supo al momento que, si no acababan de cometer una tropelía, se dirigían a realizarla. No podía permitirlo y, sin dudarle un momento, se levantó de la mesa como un rayo, se abalanzó fuera de la posada y cargó contra ellos al grito de “Dejádmelos a mí solo”. Al principio, los bribones, sorprendidos, retrocedieron pero, como eran muchos, se repusieron e intentaron rodear al rey y darle una paliza. Para entonces, los siete caballeros se habían apercebido de la situación y quisieron acudir en socorro de Arturo pero como la mesa era rectangular y el lugar angosto, se estorbaban unos a otros, tropezando y empujándose tratando de salir de la posada. Cuando por fin pudieron hacerlo, corrieron a ayudar a su rey, al grito de...

— ¡Uno para todos y todos para uno! –interrumpió la señora Pomfries sonriente y levantando en alto el cucharón de las verduras.

— ¡Por supuesto que no! –replicó huraño, Pomfries–. Querida, haz el favor de no mezclar las historias que vas a liar al señorito James.

— Perdona, querido, me he dejado llevar por la emoción.

— Bueno. Lo que gritaban los caballeros era “*You’ll never walk alone*”, esto es, que nunca caminaría solo mientras ellos estuvieran a su lado. Recuerde esta frase, señorito James, se convertirá en muy importante en la historia. La lucha fue desesperada ya que los de Manchester superaban en número a los valientes caballeros y su manera de pelear era innoble, sucia y llena de triquiñuelas. Pero nuestros héroes pelearon como auténticos diablos y gracias a su coraje pusieron en fuga a esos despreciables truhanes. Esa hazaña dio lugar al nacimiento de unas auténticas leyendas que todavía perduran y que enardecen nuestros corazones.

Pomfries calló y se quedó mirando a la lejanía con un brillo de orgullo en su mirada.

— Pero Pomfries, todavía no me ha explicado el origen de la mesa redonda –preguntó James al cabo de un rato.

— Ah, sí, perdone. El caso es que el rey Arturo, reflexionando sobre lo que había ocurrido, se dio cuenta de que era mucho mejor reunirse alrededor de una mesa redonda ya que así, entre todos, vigilaban en todas direcciones. También es más fácil salir de ella sin tropezar con el caballero de al lado. ¿Inteligente, verdad?

— Ya lo creo.

— Y eso no es todo, jovencito. El rey Arturo bautizó a ese gran grupo de caballeros los “Red Devils”, por la fiereza con la que habían peleado, como auténticos diablos, como le he dicho. También les otorgó el privilegio de vestir indumentarias rojas para asustar al enemigo. Y en recuerdo del lugar en el que todo había ocurrido, hizo que los campos de justa en los que se entrenaran pasaran a llamarse “Anfield Road”. Y así se ha seguido haciendo hasta hoy en día. La leyenda también cuenta que estos magníficos caballeros fundaron un club, al que llamaron Liverpool. Por eso, debemos sentirnos orgullosos de ser seguidores de los legítimos herederos de aquellos nobles sin par, y apoyarles siempre con nuestro aliento, en todo momento.

— Sí, señor Pomfries, es lo que voy a hacer.

— Muy bien, señorito James. Como veo que lo ha aprendido usted muy bien, voy a regalarle algo muy especial.

El mayordomo se acercó hasta su chaqueta y del bolsillo sacó algo que ocultó de la vista del muchacho, se acercó poco a poco manteniendo la tensión hasta que, con un gesto de prestidigitador y una gran sonrisa, extendió delante de James una bufanda roja con las letras “Liverpool” en blanco.

— ¡Hala! ¡Qué bonita! –exclamó James, mientras la tocaba con admiración.

— Muy bien, Gideon, ya has creado otro fan del Liverpool –le reprendió con cariño su mujer.
— Es bueno que James sienta que pertenece a un sitio, y el Liverpool es el mejor de todos los posibles. Y el pequeño James está encantado ¿no es verdad?

— ¡Claro que sí!

— ¿Y sabes lo mejor? Tenemos un himno para cantar. ¿Quieres que te lo enseñe?

— ¡Sí!

— Se titula *You'll never walk alone* y ...

— ¡Eso era lo que los caballeros gritaban cuando acudieron al rescate del rey Arturo!

— Eso es, James. ¿Vamos con él?

— ¡Sí, sí!

Una figura alta de rostro serio entró en ese momento en la cocina, vestida con frac y un abrigo oscuro en el brazo. Inmediatamente, los tres se pusieron de pie.

— Vaya, vaya, James. Creía que estabas haciendo los deberes y te encuentro gritando y con una bufanda ... ¿del Liverpool? –se hizo un silencio incómodo– ¿Y bien?

— Verás, papá –James titubeaba–. Tenía que hacer un dibujo de los caballeros del rey Arturo, Pomfries me ha dicho cómo se llamaban y ahora me iba a enseñar un himno.

— Vaya, vaya –dijo el caballero mientras leía detenidamente los nombres que James había escrito en el dibujo–. ¿Qué himno era ese?

— Perdone, milord –intervino Pomfries–. Me ha parecido una buena idea, es ese que dice *You'll never...*

— *Walk alone* –completó el recién llegado.

Y empezó él mismo a tararearla en voz baja. Tras un breve momento de indecisión, Pomfries se le sumó y la canción cobró más fuerza. Enseguida la señora Pomfries se les unió. Y mientras los tres cantaban cada vez más alto, se fueron acercando hasta quedar juntos, hombro con hombro. Y cuando la última nota vibró, todos, con la piel de gallina, sonrieron ampliamente sabiéndose hermanados. James se abalanzó sobre ellos, abrazándolos con todas sus fuerzas.

Unos días al año

Chico pasa unos días con mamá todos los años. Desde que tuvo que marcharse a trabajar en la ciudad, acostumbra a dejar parte de las vacaciones para volver a casa.

Mamá le espera impaciente y, para recibirle, prepara una fiesta de bienvenida a la que invita a todos los amigos y vecinos. Asa kilos de chorizo, salchichas y lonchas de bacón en la barbacoa. “Todo light”, dice, para que se animen y coman sin contar las calorías, que “ya habrá tiempo de hacerlo el resto del año”. Ahora su hijo ha vuelto, y disfruta agasajándole con lo que sabe que le gusta. El primer día le prepara sopa con picatostes crujientes, un sabroso guisado de carne con patatas rellenas de queso y, de postre, tarta de chocolate. Al día siguiente le pone de primero una ración, más que generosa, de ensaladilla, luego medio cordero asado y, por último, natillas con mucha canela y bizcochos. Como sabe que le encantan los pimientos rellenos de bacalao, una noche le sorprende con una cacerola de barro, como para cuatro personas, que Chico se acaba en un abrir y cerrar de ojos. Así, durante el tiempo que pasa en casa de vacaciones, desfilan ante él platos repletos de estofado de ternera, chuletitas, solomillo, pato asado, empanada de bonito, canelones, espaguetis a la carbonara, y todas sus recetas preferidas, sin repetirse ni una sola vez, y sin que quede nada en las cazuelas.

Mamá le observa mientras se lo come todo, al principio con el ansia de lo mucho que hace que no prueba esos manjares, pero según van pasando los días cada vez le resulta más difícil terminar los platos. Aun así, Chico no quiere decepcionarla y se esfuerza por no dejar ni las migajas. Unta las salsas, rebaña las fuentes de los postres con glotonería fingida, y se afana en acabar, como si no hubiera comido desde hace tiempo.

Durante esos días siempre hay algún amigo de la cuadrilla que le llama por teléfono para que vaya a ver su casa y a conocer a su familia, Chico se lo agradece de veras y promete que sacará un rato para ir, pero aún no ha acudido nunca a ninguna invitación. Otros, como hace tanto que no le ven, se acercan a visitarle. Pasan al salón y mamá les saca dulces y bebidas para que merienden.

— ¿Te acuerdas cuando jugábamos a campo quemado en el patio? Lo pasábamos bien en aquellos tiempos, ¿eh?

— ¿Sí? A mí no me querían en ningún equipo, era el gordo al que siempre eliminaban primero porque casi no podía correr.

— Y cuando perseguíamos a las chicas en el recreo...

— A los cinco minutos ya me ahogaba, tenía que esforzarme mucho para hacer lo mismo que vosotros, aunque no entendiera qué os habían hecho las chicas para que os pasarais el día molestándolas.

— Nada, era solo para llamar su atención, sino esas listillas ni nos veían. ¿Tú habrás conocido alguna chica maja en la ciudad?

— ¡Qué va! Las interesantes están todas pilladas.

— Como ahora estás tan en forma, seguro que son ellas las que te persiguen.

— Ninguna, que yo sepa...

Cuando se marchan respira aliviado, además ya no se puede abrochar los pantalones y les tiene que recibir en pijama y no está demasiado presentable con esas pintas. Tampoco puede salir a la calle para moverse y ayudar a digerir la comida, se pasa las tardes en el sofá viendo la tele y comiendo pastelitos y galletas de las bandejas que le acerca mamá al salón. Mientras, ella sigue incansable en la cocina, adelan-

tando trabajo para la comida del día siguiente y fregando los cacharros deprisa para luego sentarse con Chico a tomar un café y charlar de cómo le va en la ciudad.

Un día le prepara una olla de alubias con carne y tocino, y de postre tarta de fresas, todo está delicioso y aunque Chico se siente a rebosar consigue acabarlo. No quiere que mamá se disguste, bastante mal lo pasó cuando él tuvo que marcharse y dejarla sola. Ella le ve complacido y se anima para seguir cocinando cada día nuevas recetas. Le hace un pollo guisado que está para chuparse los dedos, y paella, y bacalao al pil-pil, y una variedad infinita de postres irresistibles.

Esa noche, después de cenar una tortilla de patatas de seis huevos y casi una docena de croquetas de jamón, el cuerpo de Chico llega al límite y comienza a sentir escalofríos y náuseas. Al principio no parece motivo de alarma, quizá sea un malestar pasajero, pero cuando le sube la fiebre y empiezan los retortijones, mamá llama al médico. Apenas sin hacerle pruebas le dice que sufre un empacho y que para curarse debe hacer comidas limpias. Mamá se pone de inmediato a preparar infusiones y caldos para que Chico mejore antes de volver al trabajo.

Para el último día ya se ha recuperado y puede hacer el viaje sin problemas. Frente al espejo, la curva de su barriga ha disminuido y, aunque forzándola, ya se puede subir la cremallera de los pantalones. Mamá le acompaña a la estación, quiere aprovechar los últimos instantes de estar con él. Le ha preparado una bolsa termo con un montón de comida envasada para que meta al congelador en cuanto llegue y tenga para ir sacando una temporada. Es casi tan grande y pesada como la maleta que carga en la otra mano.

A Chico no le gustan las despedidas y menos ver llorar a mamá, pero todos los años aguanta la infinidad de besos y achuchones que le da y luego los adioses con la mano hasta que el tren se pierde a lo lejos, camino a la ciudad.

La mirada complaciente

Elena mira desde el balcón, apoyada en la barandilla con una mano enguantada, vestida de gris marengo y mantilla negra de encaje.

Armand le ha pedido que se ponga el traje que fuera de la madre de ella. Los armarios, con las mismas ropas que dejaron al marchar. Salieron de la casa en plena noche nada más que con lo puesto.

En la plaza, los portales de la Iglesia abiertos de par en par dan paso a la figura del Cristo maniatado; tras dejarlo posado en el suelo, los cofrades de la Pasión deambulan indolentes con los capirotos quitados. Un grupo de mujeres de mediana edad hacen corro en torno a un cochecito de bebé, grupos grandes y pequeños pululan por la plaza, de una de las callejas surgen los cofrades del Nazareno. Ellos serán los que abran la procesión. Preparados para comenzar, se van poniendo de cuatro en fondo, los tambores en las primeras filas, después las trompetas y detrás todos los demás. El Gran Maestro porta la vara, caminará delante de la cofradía. Cuando los portadores suben a hombros al Cristo maniatado, la multitud da vivas y comienza la música. Al salir de la plaza, la gente se va incorporando a la procesión en riguroso orden.

Cuando la procesión ha abandonado la plaza, Elena desaparece en el interior de la casa. Y allí, sentado en el sofá, le espera Armand. Él sabe de su vida, de sus largas noches de insomnio, es cuando ella le cuenta lo que recuerda, la noche que salieron de aquella casa, la búsqueda de su padre, al que nunca encontraron, por todo París y la negativa de su madre a hablar de su casa, de nada relativo a su pasado, nada.

Solo después del funeral de su madre, Elena quiso conocer sus orígenes, dado que entre los papeles del notario descubrió las escrituras de la casa.

Ella solo recordaba retazos de su niñez, un abuelo autoritario: ¡Elena! baja de ahí, esos libros no son para una mocosa como tú... Pero también recordaba cómo la mayoría de las veces comía en la cocina con Julia y Luis el jardinero. Julia siempre le mandaba quitarse la bonita ropa que le ponían para ir a misa, eso lo recordaba bien, “y ponte el babi que tienes encima de la cama”, le decía. A Julia le recordaba tan bien que, cuando llegaron a la casa y salió a recibirles, Elena se arrojó en sus brazos. Julia le contó cómo su abuelo nunca perdonó a su madre que se quedara embarazada, y menos de un partisano francés.

Meses más tarde, en una galería de París, Elena pasea la mirada sobre los distintos lienzos. Su rostro muestra satisfacción al pararse delante de uno de los cuadros en el que se ve a una mujer desnuda, asomada al balcón que da a una plaza llena de gente. Sólo lleva puesta una mantilla negra de encaje.

El amor no muere

Nunca he tenido unos valores familiares fuertes. Mi padre murió antes de que yo naciera y las relaciones con mis dos hermanos han sido siempre tirantes. A mi entender, la única que merecía la pena era mi madre, me gustaba estar a su lado, pero se ponía tan pesada con que no fumara que en los últimos años no estuve apenas con ella. Decía que el tabaco acabaría con mi vida “a ver si te crees que porque no fumes tú vas a vivir eternamente”, le respondía con mi característica insolencia.

Después de treinta años fumando llegó el cáncer, primero en el pulmón derecho y luego campó a sus anchas por mi organismo. “Fase terminal”, dijo el médico cuando descartó seguir metiendo en mi cuerpo aquel veneno que me convulsionaba hasta dejarme exhausto. Sólo me quedaba esperar a la muerte, postrado en la cama de una habitación de Cuidados Paliativos del Hospital San Juan de Dios. Allí iba a terminar mi historia con este cuerpo maltrecho que seguía esclavo del deseo de fumar.

Mi madre había fallecido tiempo antes y, como ya sabía que lo mío no tenía solución, pidió a mis hermanos que no me dejaran solo en los últimos momentos. Debió de ser una faena para ellos aunque supieron darle la vuelta, ya que para evitar pasar ese mal trago personalmente, contrataron a Dunia, una enfermera cubana que llevaba la belleza de su isla grabada en la piel. ¡Qué ironía! Podría contar a cientos los puros cubanos que había saboreado. Verla hacía crecer mi ansia por el tabaco, me acompañaba desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde. Aquello sí que era una prueba de resistencia.

Llegaba puntual todas las mañanas, con una gran sonrisa: “buenos días, Rafa”, decía sonriendo. Sus dientes me encantaban, eran perfectos. No recuerdo si alguna vez mis dientes fueron blancos. “¿Has descansado?” preguntaba acariciando mi mejilla.

Odiaba su olor a vida. Aquella era la mejor venganza que mis hermanos podían haber tramado, la vida se lo puso en bandeja. En mis años sin cáncer nunca soñé hablar con una criatura como ella. La aborrecía porque la amaba. Mi corazón latía a mil por hora cuando el reloj estaba a punto de marcar las ocho de la mañana. La esperaba, la deseaba.

En mis rabietas, pedía que se marchara, que me dejara vivir los últimos momentos en la amargura de mi propia destrucción. Pero no se iba, día tras día aparecía por la mañana. Me cuidaba con ternura, se reía de mis comentarios, me leía libros, me contaba sus cosas. Sobre todo me hablaba de amor y de esperanza. Ella practicaba la Santería. Me decía que no me preocupara porque la vida nunca termina, que la muerte era un descanso para la siguiente vida. Decía que tenemos que perdonarnos porque somos como niños aprendiendo a vivir. Yo no lo entendía pero disfrutaba mirándola, conseguía que me olvidara del dolor cuando estaba conmigo.

Observaba cada detalle de su cuerpo, sus gestos, su forma de moverse. “Ni lo pienses tan siquiera”, me decía a mí mismo. Pero no podía evitarlo. En mi imaginación, esperaba desnudo en la cama para poseerla cubriendo su cuerpo de besos y caricias. Un huracán de sensaciones nos hacía estremecer de placer. Claro que ésto sólo pasaba en la mente porque mi cuerpo era un cacharro inservible camino al desguace.

Las enfermeras del hospital apenas si aparecían unos minutos cada turno diario, aunque por las noches me hacían algo más de caso. Cuando Dunia se iba me sentía solo, asustado ante aquellas

personas que entraban en mi habitación avasallándome a preguntas incómodas. “Otra vez has mojado la cama, ¿no se te ocurre llamarnos para que te cambiemos el pañal?, pareces un niño pequeño, Rafa. Si sabes que es peor para ti”. “¿Peor en qué? ¿Acaso no sabéis que soy un cadáver días antes de morir?”, me hubiera encantado responderles, pero me callaba. A esas alturas qué iba a decir, era su trabajo; si me hubieran hecho más visitas para ver si tenía mojada la cama se hubieran dado cuenta de que necesitaba que me cambiaran el pañal. Dunia lo hacía dándome un masaje en las piernas, así no parecía tan vergonzoso haber perdido el control de mi propio cuerpo. Y no dejaba de sonreírme. Qué sabrían esas otras de lo que era tratar a un moribundo.

Cuando estaba ya a punto de morirme llegaron mis hermanos, Dunia les avisó. Ya estaba en coma, así que no pude hablar aunque sí escuchar cómo se despedían reconociendo que tenía cosas buenas. Y me morí, mi cuerpo se quedó quieto y sin saber cómo ni por qué me encontré fuera de él. Como si hubiera sido un simple traje que te quitas al final del día. No se estaba mal porque no me dolía nada y volvía a tener movilidad, pero nadie me hacía caso. Por un momento, pensé que todo era una especie de pesadilla, como para que tomara nota de mis errores y los corrigiera. Pero me di cuenta de que no, porque no había manera de despertar. Es más, estaba siempre despierto, en realidad, no había manera de dormir. Incluso traté de volver a entrar en mi cuerpo, eso sí que fue una pesadilla, estaba frío como el hielo, un frío que dolía.

No sabía qué hacer. Me pasaba el tiempo siguiendo a Dunia que lloró por mí más que toda mi familia. Me compraba flores y me decía que me quedara con ella. Era como si supiera que estaba ahí sin que pudiera verme.

A veces me encontraba con otros como yo pero tampoco me hacían caso, iban pegados a otras personas. Me he pasado confuso mucho tiempo sin saber qué hacer; eso sí, al principio, cada vez que me encontraba con un vivo fumando no podía resistirme, me pegaba a él como una lapa. Yo y otros tantos. Decidí dejar de hacerlo porque nunca me han gustado las multitudes. Además, si dejaba sola a Dunia tenía miedo de que otro ocupara mi sitio y eso sí que no lo podía permitir. Era mía, por lo menos, en mi actual estado. Recuerdo que llegué a pensar que si eso era el infierno no era tan malo.

Hasta ayer he estado haciendo lo mismo, mirar a Dunia, seguirla, protegerla y amarla. Me he dado cuenta de que cada día que ha pasado el amor que sentía por ella ha ido creciendo. Digo hasta ayer porque, de repente, como en un truco de un mago de circo, apareció mi madre, ¡qué alegría! Estaba tan guapa como en la foto de la boda con mi padre. “Pero mamá, ¿tú qué haces aquí?, si estás muerta”. Alcancé a decirle. Me respondió que había venido a buscarme porque no me decidía a avanzar y me invitó a hacerlo con ella. Me explicó lo que tenía que hacer para abrir mi propia puerta, y lo hice.

Antes de marcharme, le hablé a Dunia de lo que sentía y le di las gracias porque el tiempo que viví con ella había sido un gran regalo. Como siempre, no parecía escucharme, pero su reacción me sorprendió. Compró un gran ramo de flores blancas y se fue al mar a tirarlas una por una diciendo: “Rafa, en esta vida no ha tenido que ser pero en la siguiente estaremos juntos”. Cada uno a su manera, lloramos, los dos. Esta mañana he visto cómo en el salón de su casa se abría una especie de puerta de luz en el techo así que me marché. Voy con mi madre. Tengo muchas cosas que hablar con ella.

Ana Torrecilla Gubia

Márgenes

Raúl vive en la margen izquierda de la ría del Nervión, utiliza a diario el puente colgante para ir a su trabajo en la margen derecha. Es vigilante de seguridad en una urbanización de chalés de lujo.

Sergio y Raúl son del mismo pueblo de la margen izquierda. Sergio fue a la Universidad, estudió periodismo, empezó a salir con otra gente. Abandonó la margen izquierda y se fue a vivir a la derecha, lo que le ha supuesto asumir ciertas privaciones; aunque comparte piso, el alquiler es de escándalo.

A comienzos de verano estaba verdaderamente contento, en los tiempos que corren un contrato en un periódico aunque solo sea por unos meses es algo a lo que pocos pueden aspirar. Se le encomendó el reportaje de relleno para el mes de agosto.

Poco frecuentaba Sergio su antiguo ambiente, poco cruzaba la ría. Ni siquiera sus padres vivían ya donde siempre vivieron, habían regresado a Zamora, de donde salieron casi cincuenta años atrás, no volvieron a su pueblo –que ya casi no era ni pueblo– sino a la capital, donde habían comprado un piso confortable y céntrico. Lo cierto era que iba más veces a Zamora a ver a sus padres que a la margen izquierda, origen de la mayoría de sus recuerdos.

Le costó hacer la llamada, le daba pudor, hacía casi tres años que no se veían. Por suerte Raúl no había cambiado el número de teléfono.

— A mí, tío, no me cuesta nada ir –dijo Sergio.

Raúl y Sergio quedaron en el bar de su pueblo; en el bar donde siempre quedaban.

Sergio se tomó su tiempo para cruzar a la orilla izquierda, quiso saborear la brisa de la ría y detenerse en la contemplación del puente colgante, esa magnífica estructura metálica de cuatro pilares, dos en cada orilla, unidos por un travesaño.

Un carro se desplaza a lo largo del travesaño y del carro, sujeta por cables de acero, pende la barquilla que transporta personas y vehículos; de niño le fascinaba verla ir de un lado a otro de la ría como una rara nave voladora.

Recordó sus primeros viajes en el transbordador –como decía su madre para referirse al puente–, la mano de ella presionando la suya con fuerza, no fuera a caer al agua por algún recoveco. Todavía podía sentir el leve temblor que la marcha de la barquilla producía en sus piernas y la espera de la frenada cuando llegaban al otro lado. Le gustaba ponerse en primera fila para ver aquel particular atraque, por eso apremiaba a su madre para ser los primeros en entrar en la barquilla.

“Hasta el color del puente ha cambiado” se dijo, recordando la negra estructura metálica de antaño.

Tomaron un par de cañas. No hablaron demasiado sobre sí mismos. Se encontraron con algún antiguo *colega* y voló el tiempo. Además, así, a bote pronto no sale hablar de las cosas de uno.

— No sabes el favor que me haces dejándome acompañarte. Dices que el turno es de ocho de la tarde a seis de la mañana, ¿no?

— Así es. Yo cruzo todos los días en el transbordador, voy con el coche, un Ibiza negro, sin distintivos. Ya sabes, la discreción es fundamental.

Dos días después Sergio esperaba a su amigo en el lado derecho de la ría; en treinta segundos la rara nave voladora de su infancia atracaría suavemente con su cargamento de vehículos y personas entre las que vendría Raúl en su Ibiza negro.

A Sergio le pareció que el puente era una grapa gigantesca que jamás permitiría que las márgenes del Nervión se separasen.

— No te habría reconocido con ese traje –dijo Sergio cuando vio a su amigo uniformado.

— Pues verás cuando me ponga la gorra...

Sergio no había caído en la cuenta, pero desde las ocho de la tarde hasta las seis de la mañana iba a tener hambre. Raúl, naturalmente, se había llevado la cena.

— El menú será el mismo de siempre, ni lo he mirado: medio pollo, tortilla de patata, un par de naranjas y el termo de café bien cargado. No te preocupes, que habrá para los dos.

Raúl tenía las diez horas del turno distribuidas en tiempos a pie y en coche, con recorridos que variaba casi cada día. “Por seguridad” –dijo– pero había un lugar en el que, llegada una hora, siempre se detenía un rato.

— ¿No te imaginas por qué?

— No se... ¿tienes que activar alguna alarma o controlar alguna cámara?

— Eso es en el cine... lo que tengo es un apañito.

Sergio quiso sonreír cómplice pero no lo logró.

— Se llama Silvia, trabaja aquí, en la urbanización. Nos vemos un ratito cuando estoy de noche...

— ¡Ah, ya...! ¿Y qué va a hacer hoy?

— Lo mismo que ayer, me abrirá la puerta de la trasera de la casa, tomaremos un café, porque yo estoy de servicio y no puedo beber y sobre todo ¡me dará cariño! Tú me esperas en el coche; si hay algún problema me llamas al móvil.

El Ibiza negro comenzó la ronda. El recorrido empezaba en la periferia de la urbanización y trazaba una espiral de calles que confluían en un parque infantil con caballitos y columpios. Raúl detuvo allí el coche para continuar a pie.

Caminaron por las aceras junto a los muros y a los altos arbustos que delimitan los jardines de las casas. Raúl no paraba de hablar, tal chalay era de fulano que es senador, tal otro de zutano empresario de los fuertes... También exponía su punto de vista sobre el lugar: –Fíjate en los muros de cemento que han levantado para cerrar los jardines ¡una barbaridad! Menos mal que algunos por lo menos son naturales, como esos de ahí, ¿ves? de arbusto y bien recortados; hacen hasta bonito–. Si por él fuera eliminaría incluso los arbustos, para que los jardines se pudieran ver desde las aceras, de ese modo la urbanización haría el efecto de un inmenso parque. –Incluso se facilitaría la vigilancia– añadió.

Sergio imaginó todas aquellas casas rodeadas de magníficos jardines que se pudieran contemplar desde afuera. Su amigo tenía razón. No esperaba tanta sensibilidad urbanística en Raúl.

— Te diré algo más, no digo que nuestra labor no sirva, pero los sistemas de alarma de estas casas no los tienen ni en los edificios del gobierno.

— No sé qué sistemas de alarma tendrán pero te encuentro confiado. Antes me has dicho que acudes todas las noches a la misma hora a ver a esa mujer. No sé si deberas...

— Shhh, calla un momento y mira...

Se abrió una puerta automática en la trasera de uno de los chalés, por ella salía, sin luces, un mini Cooper blanco.

— Es el marido que se larga a sus asuntos, sale sin luces para que su mujer no se entere, pero le tiene calado. Lo que pasa es que a ella le importa un rábano. ¿Te has fijado en el coche? Un Mini Morris, un capricho. Este tío es un caprichoso de los coches y de las tías...

— ¿Y tú por qué sabes todo eso?

— Aquí se sabe todo.

Permanecieron unos minutos en silencio. Sergio recordó que en la última ocasión en que se vieron Raúl tenía una novia que, por cierto, era extranjera.

— Oye, no te ofendas ni me contestes si no quieres, pero ¿no tenías novia?

— Lo dejamos.

— O sea, que ahora no tienes nada.

— Tengo mujer y una hija.

La respuesta tuvo el efecto de una bofetada. Habían pasado tres años sin saber prácticamente nada uno del otro, no habían hablado ni una palabra sobre sí mismos y así, a bocajarro, Raúl suelta semejante resumen de su vida. Sergio, como si no hubiera oído nada, para quitar hierro a la situación, dijo la enorme tontería de:

— Bueno, ya casi es tu hora, mientras cenas de amor probaré un poco del pollo y la tortilla, ¿puedo?

— Claro que puedes. Oye, lo de Silvia es puro rollo.

— Ya tío, pero casado y padre... bueno, que es complicado –fue todo lo que se atrevió a decir.

— No soy un cabrón. Ella tiene marido, pero lejos. Sabe lo mío. Las cosas entre nosotros están muy claras.

— No lo sé, tío; no lo sé... eso habría que verlo, pero es tu vida, tío..., en serio, olvídale. No me has dicho nada.

Raúl detuvo el paseo, asió a Sergio con su mano por el antebrazo, ejercía cierta fuerza algo molesta. Se colocó frente a él, adoptó una expresión grave y le buscó la mirada.

— La novia que me conociste trabajaba en uno de estos chalés. Yo era un pardillo. Me volví loco. Nos casamos porque yo me moría por ella y quería que tuviera los papeles en regla. A los dos meses de la boda desapareció ¿y qué te crees que pasó después? Alguien me llamó por teléfono exigiéndome el divorcio. Negarse era impensable ¿por qué? ¿tú qué crees? Imagínate lo peor. Me divorcié. Después de eso creí que de verdad me moría.

Sergio empezó a decir algo pero Raúl le interrumpió:

— Deja que termine de contarte la historia. Seguro que recuerdas a Vanesa, bueno la llamábamos “Vane”; desde el instituto siempre estuvo colada por mí, ¿a que te acuerdas ahora? Pues ella recogió mis pedazos cuando lo del divorcio. Después nos casamos. Tengo una hija. Yo a Vane no la quiero. Ya está dicho. Y ahora, vamos al coche.

Sergio buscaba en su cabeza algo apropiado, oportuno, conveniente, que decir. No se le ocurrió nada. Se mantuvieron en silencio hasta que aparcaron junto a los tupidos arbustos que se alzaban rodeando el jardín del chalé donde Silvia esperaba a Raúl: –Será media hora, come lo que quieras –Raúl salió del coche.

Sergio se quedó dentro del Ibiza mirando el balanceo de las llaves que colgaban en el contacto en el llavero dorado con el logotipo de la empresa de seguridad.

En la bolsa donde estaba la cena había una tartera, una servilleta de tela y un paquete de toallitas húmedas. Levantó la tapa de la tartera, en su interior un muslo de pollo, un trozo de tortilla y otro de empanada perfectamente acoplados cubrían la base del recipiente. Imaginó a Vane disponiendo la comida de aquella manera apetecible y delicada, doblando la servilleta, completándolo todo con el paquete de toallitas húmedas para que Raúl no tuviera grasa en las manos. ¿Cómo será Vane ahora? La recordaba algo gordezuela, guapa de cara y buena persona.

Apenas comió tres bocados de la tortilla. Cerró la tartera dejando la cena casi intacta. Algo se había instalado en sus tripas, ¿algo como qué?, se preguntó.

Era algo como pena.

La espera se estaba haciendo larga, había pasado casi una hora. Sergio comenzó a inquietarse. Se dio diez minutos de plazo, si Raúl no aparecía le llamaría al móvil, le daba igual ser inoportuno o crearle una alarma innecesaria. Peor para él. Salió del coche y dio unos pasos junto al alto y tupido seto que servía de vallado al jardín del chalé donde trabajaba Silvia, entonces distinguió un agujero a ras de suelo: se ha secado esa parte del arbusto, pensó. Se acercó y se agachó para mirar por la abertura; estaba oscuro. Iluminó la oscuridad con la luz de su móvil, el arbusto no estaba seco sino que parecía recién cortado; al otro lado, apenas a medio metro apareció ante él haciéndole retroceder dando un respingo la cabeza de un pastor alemán con los ojos entreabiertos. El animal estaba tendido en el suelo. Se le ocurrió que podía estar envenenado.

El móvil de Raúl estaba apagado o fuera de cobertura, –maldito móvil, maldito Raúl y la hora en que se me ocurrió llamarte para la mierda de reportaje –masculló. ¿Qué está pasando? ¡Pues que están robando aquí mismo, joder!..., se dijo.

Podía coger el coche y largarse, tenía las llaves puestas. ¡No, no podía hacer eso! Le hundiría a Raúl... Bueno, llamaría a la policía entonces. Sí, eso es lo que haría...

Nunca se tuvo por valiente pero la intriga pudo al miedo y en un acto automático se coló por el agujero del arbusto, ignoró al perro y corrió hacia la trasera de la casa. Una tenue luz en la planta baja, casi a nivel del suelo atrajo su atención. La noche de aquella primera semana de julio era oscura y quieta, solo escuchaba el fluir de su sangre en los oídos y un tictac agitado en su pecho. El aire flotaba detenido y denso sobre él. Apostado junto al ventanuco de lo que podía ser un sótano, distin-

guió unos sonidos, se trataba de una voz de mujer, y el “rash, rash”, del arrastrar algo sobre el suelo. Cesó la voz con un “Aaayy” de dolor y cesó aquel ruido como de arrastre; después la luz del sótano se apagó y al poco un levísimo clic abrió la puerta trasera del chalé. Los ojos de Sergio, acomodados a la oscuridad, distinguieron las siluetas que en su carrera por el jardín, desandando el camino que él había hecho, arrojaron un bulto en su huida.

Esperó unos segundos mientras trataba de despegar la lengua del paladar, le sobrevino un pensamiento absurdo: su lengua y su paladar eran como un velcro de tan reseca como estaba.

Los ladrones habían huido, estaba casi seguro de que ya no había peligro, aun así se aproximó con cautela hasta alcanzar la distancia suficiente para comprobar que el bulto que los ladrones abandonaron era, como se temía, el cuerpo de Raúl que estaba con los ojos entreabiertos, como el pastor alemán... Puso el pulgar y el corazón de su mano derecha a ambos lados del cuello de su amigo ¡Había latido! ¡Sí, sí, había latido!

El artículo de relleno del mes de agosto resultó un estupendo reportaje de investigación sobre las bandas de ladrones que operan en urbanizaciones de lujo.

Raúl tuvo foto y entrevista:

“Sí, me inyectaron algo y me sedaron pero afortunadamente no tuvo efectos más graves... ¿El perro? Está vivo y coleando ja, ja...”, respondía Raúl al entrevistador.

A Silvia la encontró la policía maniatada y con un golpe en la cabeza, se había negado a aparecer en el reportaje, no fuera que llegara la noticia hasta su familia al otro lado del océano.

Dos semanas después del robo desde la policía se filtró al periódico que la criada se había marchado sin dar explicaciones de la casa donde trabajaba. En la cabeza de Sergio volvió a resonar el “Aaayyy” de la mujer.

El artículo sobre las bandas de atracadores de urbanizaciones salió en agosto sin mencionar la desaparición de la criada y sin abundar en el *modus operandi* de los ladrones –como era el utilizar como ganchos a las sirvientas–. No era políticamente correcto cargar las tintas con las empleadas extranjeras.

Sergio y Raúl no se habían visto desde el mes de julio. La Navidad y el fin de año eran el momento apropiado. A Raúl le costó telefonar, sentía pudor. “Se la han pegado dos veces, este tío es imbécil”, pensaría Sergio.

— A mí, tío, no me cuesta nada ir. Paso en el transbordador, te recojo y tomamos algo. Ya conoces el coche, un Ibiza negro.

Carmen Camiruaga

Ilusión o fantasía

En dos ocasiones, durante el año, venían al pueblo los titiriteros con actuaciones de todo tipo: esperábamos estos días con impaciencia ya que a todos nos gustaba.

Había dos funciones, tarde y noche. La primera comenzaba a las cinco y la siguiente a las siete y media, de forma que todo el que quisiera podía asistir.

Pero como pasa siempre en estos casos, para poder disfrutar del espectáculo teníamos que pagar la entrada correspondiente, que aunque su importe no era gran cosa, nos había costado mucho esfuerzo ahorrarlo.

Recuerdo la última vez que disfruté de esta actuación, era a primeros de diciembre, el frío había hecho acto de presencia por lo que íbamos bastante abrigados. El teatro “La Farándula”, que era como se llamaba, no era muy grande, por lo que siempre estaba lleno. Antes de la función, la ropa comenzaba a sobrar y los sudores a aparecer, esperábamos con impaciencia el inicio de la función.

Con un largo toque de trompeta se hizo el silencio apareciendo el presentador, con un traje de lentejuelas que brillaba mucho, dando comienzo al espectáculo; con voz fuerte y tenebrosa que retumbaba en todo el interior dijo: “Esta tarde van a disfrutar todos ustedes del mayor espectáculo de variedades que existen en la actualidad, hemos recorrido medio mundo y como ven, no nos hemos olvidado de este pueblo, esperamos que se diviertan y no lo olviden en mucho tiempo, y sin más demora en primer lugar van a poder presenciar las momias traídas del lejano oriente, los fantasmas de Transilvania y los monstruos del más allá”. Se recibió esta intervención con aplausos, pero conforme iban saliendo estos seres, el silencio se hacía patente, los escalofríos y los murmullos florecían, parecían de otro mundo.

Al finalizar esta exposición, por una esquina del teatro apareció el presentador, se hizo de nuevo el silencio, y dijo: “La siguiente actuación procede del interior de Europa, del reino de la magia y fantasía con el mago Merlín, el rey Arturo y el Príncipe valiente”. Todo el Teatro irrumpió en vítores, pues la temática, respecto a la actuación anterior, había cambiado considerablemente. La representación estuvo fantástica.

Acto seguido, decía el presentador: “Llega el momento de cantar y de bailar, con todos ustedes... los cuatro cantantes de última generación, destacando Elvis que ha triunfado en su país, América, le conocerán por su forma de vestir y sus movimientos al bailar, al resto, el Trío Malacas, ya les conocen de veces anteriores aunque nunca dejan de sorprendernos”. El ambiente iba subiendo de tono, tanto en jóvenes como en mayores ya que a ese cantante americano no le conocíamos, en cambio a Lola, la mujer del grupo la conocíamos todos. Muchas de las canciones las cantábamos también nosotros ya que casi siempre eran las mismas, excepto las del cantante americano.

Una vez terminada esta actuación, desde la parte trasera del teatro, caminando con mucha tranquilidad por el medio del pasillo entre el público apareció el presentador, con un traje diferente más coloreado con la cara pintada y un gorro puntiagudo, subiendo al centro del escenario dijo: “Prosiguiendo esta extraordinaria función tengo el placer de presentarles a los inigualables Títeres de la compañía Calcetines”. El griterío se acentuaba, sobre todo, en los más jovencitos, muchos de ellos tenían la cara sonrojada debido al calor y la excitación en el momento de la interpretación del cuento de Blancanieves. La actuación nos pareció fenomenal, incluso con fuertes gritos y aplausos pedíamos que continuaran.

Hubo un pequeño descanso para reponer fuerzas. A continuación el presentador con la misma vestimenta de la vez anterior, caminando de un lado a otro del escenario miraba fijamente al público, lo cual nos hizo callar de inmediato, cogió el micrófono con ambas manos diciendo, bueno, más bien gritando: “¡Por último, la actuación más esperada de la tarde. Con todos ustedes los mejores, los grandiosos, los inimitables, los irrepetibles payasos Momo y Kiko, considerados los mejores del mundo!” En este momento se formó una gran algarabía, el griterío era ensordecedor, aplausos, pataleos, lloros... a todos nos gustaban pero en especial a los niños, disfrutando con esa mirada de ensueño, sus sonrisas, los ojos como platos para no perderse ningún detalle; sofocados, aplaudiendo cualquier cosa que hicieran los payasos, las tonterías, los golpes, las caídas, las canciones, en una palabra, todo. Los mayores no se quedaron atrás, las manos las tenían rojas de tanto aplaudir.

Finalizada la función salimos contentos y sudorosos, pero al toparnos con el exterior, comenzamos a ponernos la ropa de abrigo, la temperatura había disminuido, y nos encaminamos hacia nuestras casas, quedando todos los amigos en vernos al día siguiente para hablar de lo que habíamos visto.

Sentados en las escaleras del portal empezamos a comentar la función del día anterior y, como pasa siempre, cada uno teníamos un gusto diferente. Mane, que era el mayor y un poco raro, decía que las momias le habían encantado, pues en un libro que tenía había leído que eran reyes de Egipto y se les llamaba faraones. El Teja, que era el más travieso de todos, pues siempre andaba con arcos y flechas, decía que la representación del rey Arturo había sido una pasada pues con la ayuda de Merlín y el príncipe valiente había reconquistado su reino. Yo me llamo Jesús pero mis amigos me llaman Chus, siempre estoy cantando por el barrio, supongo que por este motivo el que más me gustó fue el americano Elvis; qué ropa más bonita llevaba, sus canciones eran diferentes de las que conocemos y cantamos, su forma de cantar y moverse en el escenario eran nuevas para nosotros, siempre que pueda intentaré imitarle. Al Sabú le encantaron los títeres, como es un poco imitador por eso será; y los payasos nos gustaron a todos, pero el que se lo pasó mejor fue el Goiti, que se parece un poco a ellos, pues siempre está haciendo el clown por la calle.

Durante cierto tiempo, siempre que nos juntábamos, volvíamos a comentar todo esto, incluso intentábamos hacer algunas cosas parecidas. Y como suele ocurrir, poco a poco lo fuimos olvidando.

Con el paso de los años, recordando desde la nostalgia todas estas historias, me pregunto: ¿Es fácil distinguir fantasía de ilusión?

Marea negra

Francisco Mugarra López tiene cincuenta siete años y trabaja desde hace treinta y siete en la planta de Bridgestone de Basauri. Trabaja, por decir algo, porque según la definición del diccionario, trabajar es tener una ocupación remunerada en una empresa, y Francisco no ha cobrado las últimas cuatro nóminas. En julio del año pasado le incluyeron en un ERE parcial. A ti no te va a afectar, Patxi, laztana, estate tranquilo, que tú llevas muchos años en la empresa, eres de los más antiguos, –le había dicho Mirentxu–, pero le arrastró la corriente como a muchos, como a casi todos. Y ahora la suspensión de pagos, que también le ha tocado a él. Tanto que hablan ahora del aniversario del Prestige, y esto de la crisis sí que es como una marea negra que arrastra a todos, se pega a la piel y no deja respirar.

Aun así Patxi tiene que acudir todos los días a su puesto de trabajo, porque si dejara de ir ya no tendría derecho al subsidio, en caso de que esta pesadilla acabase y le mandaran al paro, con lo cual empezaría entonces la siguiente pesadilla, que es la del momento en el que se acaban las prestaciones. Y él no sabe qué puede ser peor, porque Patxi es ya muy viejo para encontrar otro trabajo, pero no tanto como para prejubilizarse.

A Patxi no le consuela saber que en su misma situación hay muchos, en la suya y en la de su hijo, que también se llama Patxi, Francisco Mugarra Ortiz, al que pusieron el mismo nombre que el padre, y que el abuelo. Todos son descendientes de la villa industrial que los vio nacer, crecer y, a este paso, también morir. Porque Patxi hijo tiene veintiocho primaveras y al igual que su padre trabaja en Bridgestone (otra vez, si a eso se le puede llamar trabajar), desde que éste le colocara en la cadena de montaje hace seis años. Y también como él ha dejado de cobrar las últimas cuatro nóminas.

O sea que allí van los dos, tartera en mano, ambos con turno de noche esta semana, que entran a las once y no salen hasta las seis de la mañana del día siguiente. Total para no hacer nada, porque hace semanas que la planta está cerrada, solo están operativos algunos puestos de administración para atender los pedidos pendientes y cerrar facturaciones. Padre e hijo se sientan, como cada día de las últimas semanas, en la entrada de la fábrica, con los demás compañeros, bien pertrechados con sus bufandas y sus gorros, soplándose en los cuencos de sus manos el poco aliento cálido que les queda, y frotándose las energicamente a continuación, porque ahora es más duro que a principios de otoño, cuando el veranillo de San Miguel había templado bastante la temperatura, y se pasaba el día con más facilidad. Entonces, en la semana que les tocaba ese mismo turno, o el de la tarde, Mirentxu les preparaba un bocadillo o una tortilla de patatas, porque a ver quién es capaz de meterse un taper de alubias en plena noche, pero ahora, con ese frío a la intemperie, necesitan algo que les entone, y por eso les pone purrusalda, o patatas a la riojana, algo calentito pero no demasiado pesado; tampoco es que tengan calorías que recuperar. Y es ese momento de abrir el termo el más esperado de la noche, porque rompe la monotonía de esas siete horas y les hace ver algo más cercana la hora de recoger las sillas plegables, las pancartas, los carteles, e irse a casa.

Irse a casa a desayunar en silencio, los tres alrededor de la mesa de la cocina; se sienta primero Patxi, el padre, despacio, después el hijo, pasando por detrás de su madre y acariciándole un hombro con cariño, ella alcanza a destiempo la mano de él, que ya llega a su silla; Mirentxu se queda un rato mirando la mesa absorta, está muy cansada, no solo de la situación sino físicamente cansada, porque hace muchas noches que no consigue pegar ojo, y con la barbilla apoyada en la palma de la mano dice, se ha acabado... y Patxi, el padre, se apresura a contestar que no, que no se ha acabado, que ellos pueden con eso y con más, que saldrán adelante, que hay que ser positivo y no perder nunca las ganas de luchar,

y su voz va ganando en energía y seguridad, y Mirentxu le deja hablar, le deja continuar, mientras su hijo lo mira orgulloso, y ella le sonríe con cariño y al final le interrumpe para decirle, muy tierna, me refería a la mermelada, y Patxi, el padre se calla de golpe, boquiabierto, y Patxi, el hijo comienza a reír, contagiando a su padre, que termina también por descargar su tensión en una gran carcajada.

Hasta Mirentxu ha extendido su sonrisa, ufana, porque esa unión no hay crisis que se la pueda llevar por delante.

El retrato

Casi todos los días desayunaba en la misma cafetería. Me solía sentar junto al amplio ventanal que se abría a una plaza con bancos de madera, parterres y una fuente en el medio. La llamaban “plaza de la estación” aunque no fuera su verdadero nombre. No tenía nada que sobresaliera, pero en los días soleados, resultaba agradable y acogedora. La cafetería, siempre que el tiempo lo permitía, ponía una terraza que solía ser muy frecuentada. Pero a mí, lo que más me atraía era la luz, los rayos de sol por la mañana que iluminaban el local, que incidían sobre un cuadro de grandes dimensiones que ocupaba una buena parte de una de las paredes. Y ese cuadro era la razón fundamental por lo que frecuentaba y desayunaba en aquel lugar.

La pintura representaba a una mujer negra, sentada en un banco de aquella plaza y apoyada sobre un bastón. Tenía un vestido de variados y fuertes colores que le llegaba hasta el suelo y con mangas japonesas. Una cinta con los mismos vivos colores que el vestido rodeaba su cabeza. Había, sin embargo, en aquel retrato, algo que sobresalía por encima de los colores y su contraste, que me atraía y hacía surgir en mi interior el deseo de ir allí día tras día. Solía haber poca gente en aquellos momentos y los camareros permanecían charlando o haciendo limpieza y ordenando, por lo que podía dedicarme a contemplar la pintura tranquilamente. La cara presentaba unos rasgos poco pronunciados y la piel era tersa y delicada. La cinta sujetaba la negra melena que reposaba sobre los hombros. El cuerpo erguido, la cabeza, levantada, mostraba un cuello en tensión y unos ojos que proyectaban una mirada de ansiedad. Las manos de dedos no muy largos apretaban con decisión el mango del bastón. Las manos, el cuello y, sobre todo, la mirada presentaban a una mujer esperando que ocurriera algo muy importante de un momento a otro. Y, a la vez, sus ojos manifestaban una profunda soledad. ¿Quién era aquella mujer? ¿Quién el pintor que supo retratarla? ¿Cuál era la relación con la cafetería? ¿Qué motivaba la soledad que gritaba desde sus ojos?

Cierto día pregunté a un viejo camarero sobre aquel cuadro. Si conocía a aquella mujer y qué relación tenía con la cafetería.

— Es un cuadro impresionante. La mujer da la impresión que se va a levantar.

— Pero, ¿quién es? ¿lo sabe?

— Se llamaba Luabay. Era muy joven cuando la conocí. El retrato no es más que un reflejo de lo guapa que era. No muy alta, pero de una gran personalidad. Entró a servir en casa de una familia adinerada de la ciudad, que poseía muchos negocios y se codeaba con la nobleza. El matrimonio tenía un hijo que con veintitrés años se marchó de casa después de, según decían, discutir con su padre. La madre enfermó con unas fiebres muy altas y, al poco tiempo, murió. El marido, solo y decaído, abandonó los negocios y bebía constantemente. Toda la ciudad se sorprendió cuando anunció que se casaba con Luabay. La mayoría de los parientes, amigos, vecinos y la alta sociedad en general, nunca lo perdonaron. No porque se casara con la criada, sino porque era negra. A pesar de este vacío social, el hombre dejó de beber y volvió a encargarse de sus negocios. Tuvieron dos hijos, Markel y Tommy, que son el motivo del cuadro.

— ¿Qué edad tendría cuando ocurrieron los hechos? —pregunté interrumpiendo la narración.

— No sabría decirlo, pero pensando que las muchachas entraban a servir muy jóvenes para ir aprendiendo el trabajo, calculo que se casaría con unos veinte años. Seguramente habría una diferencia de unos cuarenta años.

— Tampoco le perdonarían a ese hombre el que se casara con una muchacha con esa diferencia de edad, además de negra.

— Probablemente.

— Siga, por favor.

—Creo recordar que los niños tenían cinco y cuatro años, cuando el padre murió. En el testamento dejaba la mayor parte a los dos pequeños, y una pequeña parte al mayor. Luabay dispondría de la casa y de la herencia de sus hijos hasta que fueran mayores de edad, además de joyas y participaciones en las diversas empresas, con lo que podría vivir toda la vida. El hijo mayor, sin embargo, indignado y asesorado por aquellos que no habían perdonado a su padre que se casara con una negra, impugnó el testamento. Luabay luchó con todas sus fuerzas, pero no pudo hacer nada contra una justicia que estaba en manos de los que le acusaban de haberse aprovechado de un hombre abatido por la muerte de su mujer. De todas formas, les fue arrabatada casi toda la herencia entre el hijo mayor, abogados y pagos por inversiones, dejándoles lo justo para vivir. Al llegar a la mayoría de edad, Mark y Tommy decidieron marcharse en busca de trabajo. No querían deber nada a la ciudad que los odiaba. La vuelta sería con los recursos suficientes para vengarse. La mañana en que se fueron, la madre los acompañó hasta esta plaza. Aquí los despidió. No quiso acompañarlos hasta el tren. La mujer se sentó mientras miraba cómo se alejaban los muchachos hacia la estación. Desde aquel día, todos sin faltar uno, ella venía con su bastón y se sentaba en el mismo banco, tal como la ve en ese cuadro. Erguida, con el cuello alto y la mirada fija en la estación. Y así pasaba las horas.

Yo la miraba y, al principio, tuve compasión de ella, sentía lástima porque pensaba que los hijos la habían abandonado. Un día lluvioso entré en la cafetería y me preguntó si podía sentarse junto a la ventana aunque no tomara nada, a no ser que fuera necesario para poder quedarse. Le dije que se podía quedar y que la consumición era lo de menos. No sabría decir el porqué, pero la compasión se volvió en admiración. Sin soltar el bastón se sentó mirando a la estación. Le puse un café con leche que permaneció intacto durante todo el tiempo. Desde entonces siempre fue igual cuando hacía mal tiempo. Una de las veces cuando le ponía delante el café con leche, me dijo: *Despedí a mis hijos en esa plaza. Y aquí les esperaré el tiempo que haga falta. No piense que estoy loca. No tengo otra cosa que hacer. Bueno, sí. Demostrar a la gente que no me importa lo que puedan hacer o decir de mí. Que sepan que lo único importante de mi vida son mis hijos y eso no me lo pueden negar ni quitar. Antes tendrán que matarlos o matarme.*

El dueño de esta cafetería también se había fijado en esta mujer y en su actitud. Orgullosa, con la mirada puesta siempre en la estación, ansiosa por llenar el vacío que reflejaba. Lo comentamos. Llamó a un amigo suyo pintor y le pidió que la retratara porque le gustaría ponerlo en la pared que más luz recibía del exterior y que daba a la estación. Tendría que ser un retrato de cuerpo entero, sentada en aquel banco, apoyada en el bastón, tal cual se la veía con la plaza al fondo, y además que reflejara la tensión y el sentimiento que manifestaba todo su cuerpo. Día tras día, mi afecto por ella iba aumentando. La mujer seguía esperando, con el pelo más blanco, las facciones más delgadas y las manos más nervudas. Se declaró la guerra y ella recibió un telegrama de sus hijos que un día me enseñó. Lo leí mientras ella miraba a la estación a través del cristal por el que resbalaba lentamente la lluvia. *Alistados ejército stop volveremos stop espéranos stop tus hijos con amor.* Aquel día, recuerdo, la lluvia era fina, constante, fría. Fue el único día que bebí el café con leche. Al marcharse, su andar era vacilante; pero al llegar a la calle, su caminar fue el de siempre. Con la cabeza erguida. Cuando murió nadie se dio cuenta. Seguía sentada, con su postura de siempre, tiesa y apoyando las manos en el bastón. Alguien comentó que la mujer del banco sonreía con los ojos cerrados. Acudí corriendo y vi que su cara tenía una sonrisa placentera y una expresión de serenidad. Entre sus manos y el bastón, un telegrama comunicando la muerte de sus hijos en acto de servicio. En aquel momento recordé lo que un día me dijo, que no lograrían quitárselos si no era matándolos. La espera se había acabado. El cuadro se terminó. Cuando fue colocado, contemplé a la mujer bella, orgullosa, con la mirada ansiosa y las manos fijas sobre el bastón, con fuerza. Vi en el retrato a la mujer que solía observar cada mañana y que un día entró preguntando si podría sentarse junto a la ventana. El vacío de su ausencia fue penetrando dentro de mí. Aún sigo mirando al banco esperando, inútilmente, verla allí sentada. Después contemplo el cuadro y allí está, como siempre.

Con voz temblorosa y ojos húmedos mirando el retrato, añadió:

— Fue una mujer estupenda, ¿verdad?

Desde entonces, ya no he vuelto por aquella cafetería. Me marché de la ciudad por trabajo. El retrato de la mujer negra, sin embargo, no se aparta de mi mente.

Ignacio A. Gastañaga Ugarte

Suripanta, la de Tolimán

Pendasco, 8 de noviembre de 1982

Le escribe, mamá, su hija Suripanta, la que acá dicen de Tolimán. Decidieron decirme así por todo lo que lo mento, por todo lo que les mento. No he llegado ni hace un mes y ya tengo mote, pero es que los manchegos son muy dados a esa costumbre, la de renombrar lo ya nombrado, como si no fuera suficiente con llamarme como me llamo.

¿Cómo le va, chula mía? ¿Toma las medicinas que le mandé con Marcelino? ¿Ya recogieron el café del lado sur del volcán? ¿Nació el bebito de Anita la de los Choj? ¿Fueron por Todos los Santos hasta Chichicastenango para bendecir mi marcha? ¿Rezaron al buen Ajaw para que me regrese a su lado? Yo sí, mamita, yo recé con todas mis fuerzas, y quemé una especie de comal que acá dicen incienso, no vaya a ser que Diosito se venga a enfadar conmigo porque piense que fue salir de su Guatelinda y echarle al olvido, eso sí, no. Bueno, mamita, le platico de mi vida en Pendasco, para que se haga una idea de cómo vive su hijita, la única que le queda...

Alquilé un cuartito en la casa de unos amigos españoles del primo Guillermo. No había lugar para mí en la que comparte con su hermano, pero rapidito me buscó sitio con la familia González (sí, así lo dicen acá, con z), así que desde su mesa de comedor le escribo. Sepa, mamá que son buenas gentes estos González. María trabaja de maestra en la secundaria de Tomelloso, el pueblo más grande de la zona, y Tomás tiene una granja de pollos a un par de kilómetros. Tienen una mujercita de quince años y un muchacho que está haciendo el servicio militar en Melilla, una curiosa ciudad, y es que es española pero está en territorio africano, cerca del desierto del Sahara, ese que Agapanto nos enseñaba en su viejo Atlas.

¡Diosito lindo! No pensaba yo que me iba a visitar mi marido tan pronto en estas letras... ¡Cómo lo extraño, mamita! ¡Qué buen hombre fue! ¡Qué gran líder para su comunidad! Y lo desaparecieron tan joven... Más noches de las que quisiera me despierto con susto, empapada en sudor, mojada en lágrimas. No consigo recordar lo que me desvela, pero seguro que son las caras de los que le vinieron a buscar aquella madrugada, hombres de maíz como él, maridos de mujeres de maíz como nosotras, padres de patojitos de maíz como el que espero.

Sí, chulita mía, ha leído bien, estoy esperando un bebito, un regalo del buen Ajaw para matar mis penas, para recordar a Agapanto y poder conservar sus ideas que, a fuerza de lectura obligada y plática constante, consiguió también meter en nuestras cabezas... ¡Cuántas veces nos habló de nuestra herencia maya, de nuestra historia indígena, de nuestros derechos como mujeres! Muchos de la Comunidad pegan a las suyas, las maldicen por vivir un poquito, pero no Agapanto, ese sí no. Mi hombre se creía sus decires hasta bien el fondo, defendía mis espacios más allá de la milpa, más allá de la casa... Mis espacios, ¡qué grandes me quedaban en un principio! ¡Qué poca costumbre la que tenía, con un padre como el que usted eligió para mí, tan autoritario, Dios le tenga en su gloria!

Así que eso le cuento, que voy a ser mamá, como usted lo es para mí... Cada mañana voy contenta a mi trabajo en la granja de pollos de Tomás, que hasta eso me dieron estos bellos González, y cada tarde paso por la Biblioteca del pueblo y leo la prensa, busco noticias de mi Guatelinda, porque sé que llegará, porque sueño con ello, porque sé que un día leeré por fin que el canalla de Efrain Montt sufre en la cárcel todo lo que hizo sufrir a mi pueblo, que no suyo. Y no le escribo mucho más de ésto, mamita,

no vaya a ser que los de las PAC le roben esta carta y le busquen a usted la ruina, como ya lo hicieron con él, y con mis dos hermanos, y con mi hermana chica...

Y sepa también que sigo estudiando. Acá, en Pendasco un grupo de mujeres jóvenes se forman con dos muchachas de Ciudad Real que vienen cada tarde a pasar dos horas de clase, así que he decidido ser una de ellas. Quiero saber de leyes, quiero ser más lista y poder volver a nuestra tierra para ayudar un poquito a limpiar tanta sangre.

Volveré, mamita linda, la guerra acabará y mi patojito y yo partiremos hacia allá, con Marcelino y Guillermo y con todos los chapines que no han tenido más remedio que marchar lejos del horror. Afortunada yo, que tuve familia que me ayudara y que me acogiera, nunca podré agradecerles lo bastante...

Un abrazo enorme, y ahí se me cuida mucho.

Suripanta Chajul Caal, la de Tolimán.

Iratxe Fernández

